



Jenaro Abasolo

Los ricos y los pobres o lo consumado y lo posible



Biblioteca Saavedra Fajardo 2015



Colección Linotipo 1.9

En colaboración con la Biblioteca Saavedra Fajardo

Director de colección: Rodrigo Castro Orellana

Consejo editorial: Martín Ríos López, Antonio Rivera García, César Ruiz San Juan, Adán Salinas Araya, José Luis Villacañas Berlanga

La presente edición ha sido realizada en colaboración con el proyecto “Biblioteca Saavedra Fajardo IV: Ideas que cruzan el Atlántico, la formación del Espacio intelectual Iberoamericano”. Número FFI/2012-32611 del Ministerio de Economía e Innovación del Gobierno de España



Los ricos y los pobres o lo consumado y lo posible

JENARO ABASOLO

www.cenaltседiciones.cl

Colección Linotipo 1.9

ABASOLO, Jenaro. *Los ricos y los pobres o lo consumado y lo posible.*

CENALTES Ediciones. Viña del Mar, 2015.

Estudio introductorio de Rodrigo Castro Orellana y Martín Ríos López.

Datos del original: ABASOLO, Jenaro. *La Personalidad Política I. Los Ricos y los Pobres o lo Consumado y lo Posible.* Imprentas de la Patria, Valparaíso, 1872.

Primera Edición, Viña del Mar, Septiembre, 2015.

Diseño y diagramación: CENALTES Ediciones.

Transcripción: Miguel Andúgar Miñarro

Jenaro Abasolo

CENALTES Ediciones

Viña del Mar, Chile.

<http://www.cenaltседiciones.cl>

ediciones@cenaltседiciones.cl

En colaboración con

Biblioteca SAAVEDRA FAJARDO

Madrid, España

<http://www.saavedrafajardo.org/>



biblio@saavedrafajardo.org



La presente edición se distribuye en formato PDF, bajo una Licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivar 4.0 Internacional. Se autoriza la reproducción y distribución gratuita de su contenido en formato digital. Así como su depósito en repositorios y fondos bibliotecarios. La versión impresa cuenta con derechos comerciales de CENALTES Ediciones.

ISBN edición en papel: 978-956-9522-02-4

DOI: 10.5281/zenodo.19711



Índice

Linotipo 1.9. Presentación de la colección.....	vi
Estudio Introductorio	viii
1. En torno a Jenaro Abasolo	viii
2. Sobre la edición de los ricos y los pobres o lo consumado y lo posible.....	xii
3. La pregunta de Abasolo.....	xiv
Los ricos y los pobres, o lo consumado y lo posible.....	1
I.....	2
II.....	5
III.....	7
IV	9
V	18
VI	20
VII	22
VIII	24
IX.....	27
X.....	29
XI.....	32
XII.....	35
XIII.....	35
XIV	37
XV	39
Corolario.....	41



Linotipo 1.9. Presentación de la colección

El siglo XIX es una época decisiva en la historia intelectual euroamericana. No solamente porque en dicho contexto se produce la construcción de las nuevas e incipientes naciones latinoamericanas, sino porque Europa asiste también a una serie de procesos de transformación sustantiva como consecuencia, por ejemplo, de la irrupción de la revolución industrial y la aparición de los primeros movimientos obreros. En este marco, la cuestión de la identidad nacional, las ideas liberales y republicanas, el problema de los nuevos imperialismos, la emergencia de los modos de producción capitalistas y las nuevas formas de valoración del conocimiento de la sociedad tecno-instrumental, arrastran consigo dilemas e inquietudes que atraviesan el Atlántico en una y otra dirección.

La filosofía, por su parte, se encuentra abocada a responder de un modo u otro a estos tiempos turbulentos mediante una conceptualización de la historia que pretende garantizar su sentido o a través de una reivindicación radical del espíritu y la naturaleza frente a los principios de un materialismo individualista. En América Latina, los pensadores comprenden que estas tareas filosóficas van de la mano de un interés por la situación política inmediata. Son conscientes de que asisten a un ciclo histórico fundacional en que se sientan las bases del destino de los países emergentes, pero también se juega el futuro de lo que será el propio continente americano. Por eso, cuando leemos sus obras, percibimos la radicalidad de sus planteamientos como una exploración de las raíces de nuestra identidad cultural iberoamericana que posee una evidente actualidad, toda vez que el presente nos muestra la persistencia de muchas de las preguntas que los hombres del diecinueve se formularon.

La *colección Linotipo 1.9* pretende ofrecer al lector una serie de obras de pensadores iberoamericanos del siglo XIX que hasta hoy se encontraban



publicadas en ediciones de muy difícil acceso y que, sin embargo, tienen una relevancia extraordinaria para comprender los procesos político-sociales específicos de las diferentes naciones y sobre todo para comprender más cabalmente la singularidad de un período de nuestra historia intelectual común. Recuperar estas obras decimonónicas no tiene, por lo tanto, ninguna finalidad anticuaria, sino que constituye una labor que busca demostrar la enorme vigencia de estos escritos. La máquina Linotipo, inventada por Ottmar Mergenthaler, supuso uno de los avances industriales más importantes de finales del siglo XIX. Permitted la impresión automatizada y a gran escala de textos. El título de esta colección pretende rendir un homenaje a ese artefacto olvidado en la actualidad y que, no obstante, contribuyó significativamente a la difusión del pensamiento en Europa y América. Como si de algún modo intentásemos poner a trabajar nuevamente sus desvencijadas teclas y matrices, CENALTES ediciones inicia la impresión de algunas obras fundamentales del siglo 1.9

Rodrigo Castro Orellana



Estudio Introductorio

Rodrigo Castro Orellana
Universidad Complutense de Madrid

Martín Ríos López
Universidad de Chile

1. En torno a Jenaro Abasolo

José Francisco Jenaro Abasolo Navarrete nacido en Santiago de Chile en el año 1833 y fallecido en la misma ciudad el año 1884, es el nombre completo de Jenaro Abasolo Navarrete, uno de los más importantes filósofos chilenos del siglo XIX. La importancia que reviste la figura de Abasolo para el desarrollo de la filosofía en el Chile decimonónico, y que ahora queremos destacar en esta presentación del libro *Los ricos y los pobres*, en nada es una afirmación antojadiza y voluntariosa de los editores, sino que responde, como dato, al lugar que le asigna la propia Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), a través de la sección *Inicios y desarrollo de la filosofía en Chile-Cronología* en el marco histórico correspondiente. Este significado que se le reconoce a la obra de Abasolo, contrasta, sin embargo, con un generalizado desconocimiento de buena parte de la comunidad filosófica chilena e internacional.

Existen dos obras fundamentales para quien esté interesado en reconstruir una panorámica general de la historia de la filosofía en Chile desde fines del siglo XVI hasta fines del XX. La primera de ellas es el libro del historiador Walter Hanisch *En torno a la filosofía en Chile (1594-1810)*¹ y la segunda es el texto de

¹ HANISCH, Walter. *En torno a la filosofía en Chile (1594-1810)*, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1963.



Iván Jaksic *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la independencia hasta 1989*². En esta última obra, que recoge como propósito declarado el estudio de la filosofía en Chile durante la época en la que Abasolo desarrolla y publica sus escritos, no existe ni una sola mención ni referencia al autor de *La personalidad política* ni a sus trabajos filosóficos.

Una explicación más que sugerente³, en torno a la poca o casi nula recepción e impacto de la obra de Abasolo en su propia época y en el desarrollo posterior de la filosofía en Chile, establece dos motivos muy concretos. En primer lugar, la personalidad propia del filósofo y las condiciones de su contexto histórico y, en segundo término, una «cierta desidia generalizada de la historiografía chilena en lo que respecta al estudio de autores, obras y desarrollo de la filosofía y de las ideas en nuestro país»⁴.

Al respecto, hay que considerar un aspecto singular de la difusión de las ideas filosóficas en Chile durante el siglo XIX y buena parte de la primera mitad del siglo XX, y que es el supuesto de que los grandes pensadores de la época serían al mismo tiempo los actores fundamentales de la política nacional. Piénsese, sólo como algunos ejemplos, en la figura de Andrés Bello (1781-1865) quien desempeñó, entre otros cargos públicos, el de Senador por Santiago entre los años de 1837 y 1864; en José Victorino Lastarria (1817-1888) quien fue Diputado, Senador y Ministro de Hacienda; o en Valentín Letelier (1852-1919) que se desempeñó como Diputado entre 1879-1882 y 1888-1891 y quien, además, llegó a ser Rector de la Universidad de Chile entre los años 1906 y 1913. Este tipo de relación tan cercana entre la labor intelectual y la tarea política, se irá diluyendo transcurrida la segunda mitad del siglo XX.

² JACSIC, Iván. *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la independencia hasta 1989*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2013.

³ MARTÍNEZ, Pablo y CORDERO, Francisco. «Estudio introductorio» en ABASOLO, Jenaro. *La personalidad política y la América del porvenir*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2013, p. 13-30.

⁴ *Ibidem*, p. 14.



Abasolo se sitúa totalmente a contra corriente de este perfil intelectual. De hecho, podría concluirse que la falta de participación directa en la contingencia política nacional su época, habría sido un factor determinante a la hora de que su obra no tuviese una recepción más significativa y de largo alcance. Cuestión a la que también contribuyó el hecho de que «su vida trascurrió mayormente lejos de los “circuitos intelectuales”»⁵

Sumado a todo lo anterior, cabe tener presente que los tres primeros trabajos de Abasolo fueron publicados de manera anónima, quizás, y como lo hace notar su hija Flora Abasolo, porque «los hombres de progreso que avanzaban como apóstoles de la democracia y de la libertad de principios, encontraban para sus ideales redentores el ambiente hostil de la intolerancia»⁶. El ambiente de hostilidad e intolerancia al que hace referencia Flora Abasolo se relaciona con el problema de las relaciones entre Iglesia y Estado, un asunto que cobraría su clímax de máxima tensión en la década de 1850. Una inquietud que durante todo el siglo XIX, con sus más y con sus menos, tensionó de modo permanente a las cúpulas políticas e intelectuales de la época.

En el año 1861 vio la luz el primer texto de Abasolo, que firmó sólo con sus iniciales, titulado *Dos palabras sobre la América y su porvenir*. Su segundo texto, que escribe en 1866, *La religión de un americano* fue atribuido en un primer momento por la opinión pública de la época a Francisco Bilbao. Dicha confusión se explica por las semejanzas de este trabajo de Abasolo con la obra *El evangelio americano*, publicada en 1864. El tercero de sus trabajos, corresponde a la edición que ahora presentamos, *Los Ricos y los pobres* de 1872.

⁵ MARTÍNEZ, Pablo y CORDERO, Francisco. «Estudio introductorio», *Op. Cit.*, p. 14.

⁶ ABASOLO, Flora. «Breve reseña Biográfica», en ABASOLO, Jenaro. *La personalidad política y la América del porvenir*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2013, p. 36.



Cinco años más tarde, en 1877, y residiendo en Europa desde 1875, publicó en la ciudad de Bruselas, y en lengua francesa, *La Personnalité*. Este libro, como sabemos, se encuentra estructurado en dos partes: «La personalidad en sí o la filosofía» y «La personalidad social o los genios» y tiene por objetivo probar «la responsabilidad incontestable de la conciencia y el poder supremo y primordial de la voluntad, haciendo evidente el triunfo de la personalidad humana y probando que la síntesis de la filosofía moderna debe conducirnos a un nuevo cristianismo, mucho más universal y grandioso»⁷. Una tercera parte de esta obra, y por razones que desconocemos, quedó pendiente de publicación. Dicho escrito habría de llamarse *La personalidad política*. Sólo póstumamente, y gracias al esfuerzo de los hijos de Abasolo, sería publicada en 1907 y bajo el nombre de *La personalidad política y la América del porvenir*⁸.

Según relata su hija Flora, esta obra de Abasolo fue recibida con entusiasmo y felicitaciones por Félix Bovet, rector de la Universidad de Berna en dicho momento⁹. Tanto fue así que el propio Bovet incluyó el nombre de Abasolo en el *Dictionnaire de français «Littré»* en la entrada correspondiente al concepto «unilatéral»¹⁰.

Según declara la propia Flora Abasolo, dentro de la obra inédita de su padre existiría un *Estudio sobre la filosofía alemana*, que estaría compuesto por tres partes: 1.- «Observaciones sobre la crítica de la razón pura de Kant» 2.- «Una ojeada sobre la destinación del hombre, por Fichte» y 3.- «Sobre algunas ideas de Schelling acerca de la ciencia de la historia». A esta serie de trabajos habría que sumar un estudio sobre Hegel titulado *Observaciones sobre la lógica de Hegel*¹¹.

⁷ ABASOLO, Flora. «Breve reseña Biográfica», *Op. Cit.*, p. 40.

⁸ Desde el año 2013 existe una versión actualizada de esta obra. Ha sido publicada por Ediciones Universitarias de Valparaíso, al cuidado de los dos especialistas más importantes en la obra de Abasolo: Pablo Martínez y Francisco Cordero.

⁹ Cfr. ABASOLO, Flora. «Breve reseña Biográfica», *Op. Cit.*, p. 39.

¹⁰ Cfr. FIGUEROA, Virgilio. *Diccionario histórico y biográfico de Chile 1800-1925*. La ilustración, Santiago de Chile, 1925, p. 53.

¹¹ ABASOLO, Flora. «Breve reseña Biográfica», *Op. Cit.*, p. 40.



Sin embargo, Pablo Martínez y Francisco Cordero, se encargan de poner cierta cautela en el asunto porque, en su opinión, la existencia de la totalidad de dichos manuscritos se encuentra en un estado de «suspense» debido a que, más allá de la información ofrecida por la hija de Abasolo, no existe otro testimonio al respecto¹².

Posteriormente, en su «estudio introductorio» a *La personalidad política y la América del porvenir*, Martínez y Cordero agregan que han podido tener acceso a dos manuscritos relacionados con los análisis de Abasolo sobre el idealismo alemán y anuncian su próxima publicación. Se trataría de un extenso texto de 194 páginas titulado *Sobre algunas ideas de Schelling acerca de la ciencia de la historia* – que casi con total seguridad correspondería a la tercera parte del estudio comentado por Flora – y un trabajo inacabado sobre la ciencia de la naturaleza en Fichte¹³.

2. Sobre la edición de los ricos y los pobres o lo consumado y lo posible

Entre los comentaristas de la obra de Abasolo, existen algunas dudas respecto al estatuto de la obra *Los Ricos y los pobres o Lo Consumado y lo posible*. Según el *Diccionario Biográfico de Chile* (1897) de Pedro Pablo Figueroa, se trataría de un manuscrito inédito que habría sido dejado por Abasolo como herencia a sus hijos. Virgilio Figueroa, por el contrario, en su *Diccionario histórico y biográfico de Chile* de 1925, si bien reconoce que el texto aparece entre los inéditos dejados como herencia, aclara que la obra habría sido publicada de forma anónima en 1872¹⁴. Raúl Inostroza, en su *Ensayo en Chile desde la Colonia hasta*

¹² Cfr. MARTÍNEZ, Pablo y CORDERO, Francisco. «Jenaro Abasolo. Consideraciones socioeconómicas de un filósofo marginal del siglo XIX chileno», en: *Veritas Revista de Filosofía y teología*, Nº 29, Pontificio Seminario Mayor San Rafael, Valparaíso, 2013, p. 64.

¹³ MARTÍNEZ, Pablo y CORDERO, Francisco. «Estudio introductorio», *Op. Cit.*, p. 25, nota 34.

¹⁴ MARTÍNEZ, Pablo y CORDERO, Francisco. «Estudio introductorio», *Op. Cit.*, p. 23, nota 29.



1900 (1969), y Jaime Massardo, en su *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren* (2008), insisten también sobre el mismo punto: *Los pobres y los ricos* habría sido publicado anónimamente antes de la muerte de Abasolo¹⁵.

Durante el año 2014, hemos podido consultar un ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile de *Los Pobres y los Ricos* que corresponde a la edición original de la obra en 1872 por *Imprentas de la Patria*. Revisando este texto comprobamos que efectivamente el libro se publicó sin referencia alguna al nombre de su autor: Jenaro Abasolo. También observamos, en la cubierta del texto, que el título *Los Pobres y los Ricos o lo Consumado y lo Posible* corresponde realmente a un subtítulo de una obra que aparece titulada como *La personalidad política I*. Sin embargo, el contenido del escrito no se relaciona en ningún caso con el libro primero de *La personalidad política y la América del porvenir* que lleva por título: «El problema social». Esto último nos obliga a descartar la hipótesis de que el folleto *Los Pobres y los Ricos* sea algo así como una versión previa de una sección de la principal obra de Abasolo publicada algunos años más tarde. Nos inclinamos más bien por el supuesto de que este escrito de 1872 evidencia un plan original de trabajo para abordar la idea de «personalidad política» que Abasolo finalmente descartó y que consistía en la publicación de una obra de largo alcance en una serie de pequeñas ediciones anónimas. Su viaje a Europa hacia 1875, probablemente fue decisivo en la modificación de este proyecto.

Para la presente edición de *Los Pobres y los Ricos o lo Consumado y lo Posible* hemos trabajado con la única versión existente del texto, aquella que corresponde al original de 1872. Recuperamos el contenido de la obra, a partir de un ejemplar físico deteriorado, mediante su registro fotográfico. Posteriormente,

¹⁵ INOSTROZA, Ramón. *Ensayo en Chile desde la Colonia hasta 1900*. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1969, p. 129; MASSARDO, Jaime. *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*. Lom, Santiago de Chile, 2008, p. 183.



Miguel Andúgar se encargó de convertir estos archivos a una versión editable. CENALTES Ediciones ha trabajado con este material para ofrecer la presente edición en colaboración con la Biblioteca Saavedra Fajardo. Estamos convencidos de la importancia de esta tarea de recuperación de nuestra memoria histórica nacional, de la reivindicación de Abasolo como uno de los grandes filósofos chilenos de la segunda mitad del Siglo XIX y de la importancia del estudio de un pensador que no solamente enfrentó los problemas de su contexto local, sino que supo servirse de las herramientas teóricas que ofrecía el espacio intelectual euro-americano.

3. La pregunta de Abasolo

En la obra *Los Ricos y los pobres o Lo Consumado y lo posible* de Jenaro Abasolo circula una pregunta. Para escucharla resulta preciso desprenderse de la aproximación filológica al texto y leer entre líneas. La pregunta se presenta en los albores de la república chilena, es decir, su irrupción está ligada a las raíces de la construcción política de la nación. Se trata de una pregunta que regresa una y otra vez en la historia de Chile, mostrándonos el suelo inestable y la precariedad de los fundamentos supuestamente sólidos de la organización constitucional. Hay una inestabilidad en el proyecto de país que evidencia la repetición de la pregunta. Chile ha estado asediado permanentemente por el peligro de la disolución violenta o por el sueño de un nuevo comienzo.

Abasolo se pregunta en 1872 por la necesidad y el sentido de la Asamblea Constituyente. Demanda establecer cuál será el principio que debe determinar el pacto político fundacional de la república naciente. En este punto, el pensamiento de Abasolo evidencia su singular heterodoxia al rechazar la idea de que la Asamblea constituyente es el espacio en que se reúne y expresa una igualdad esencial entre los hombres. Para él no es una fraternidad de la naturaleza humana



lo que podría brindarle su legitimidad al nuevo orden republicano, sino una fraternidad de las almas sustentada en lo que denomina la «aristocracia de la virtud». La república no adviene como un efecto natural de una igualdad constitutiva de los sujetos dada de antemano, sino que representa una tarea y un desafío que puede resultar posible y deseable para el espíritu humano.

De esta manera, Abasolo quiere denunciar un concepto restrictivo de igualdad que declara a los hombres como individuos libres, es decir: que afirma una igualdad que se define por la autonomía personal como propiedad constitutiva del ser humano. Esta articulación de la igualdad y la libertad pretende reivindicar el reconocimiento radical de la independencia de la esfera personal, en la misma medida que se promueve la indiferencia respecto al otro y la completa ausencia de una solidaridad colectiva. Abasolo resume todo esto en una frase que parece cruzar nuestra historia desde el Chile decimonónico hasta nuestra experiencia reciente: «Todos sois iguales, sálvese cada uno como pueda».

Este sálvese cada uno por su propia cuenta resumiría, de alguna forma, las condiciones culturales de una época que lo apuesta todo a la quimera del hombre aislado, encerrado en la pura autoafirmación de sí mismo y en el solipsismo. Aquí la crítica de Abasolo a las lógicas dominantes de su tiempo recuerda la célebre confrontación del romanticismo alemán del siglo XIX con algunos de los ideales ilustrados y los primeros desarrollos de la revolución industrial. Se denuncia la articulación de la sociedad como una máquina gigantesca en la cual el hombre se ve reducido a una pura función particular o a una pieza del engranaje; la fría exacerbación de las dimensiones materialistas de la vida que animaliza a los sujetos y excluyen cualquier ápice de divinidad y espiritualidad.

Abasolo no se extraña de que una época semejante solamente pueda dar lugar a un pueblo degradado y corrompido. Ese «harapiento sombrío» que es el pueblo ha sido explotado, embrutecido y pervertido por la miseria del rico y el



fraile, por la infamia de la época de las igualdades y las libertades. Pero se trata del rostro superficial del pueblo y no de su más profunda verdad; detrás de esa capa de descomposición se oculta una esencia que todavía no se ha perdido por completo: un alma virginal y heroica, los vestigios de la dulzura primitiva de los indígenas, la hospitalidad y el afecto espontáneo que habrían comenzado a ser cercenados con el hecho colonial. Abasolo cree que hay un pueblo chileno por salvar, en el cual se deposita el germen de lo infinito, un pueblo que debe rechazar todo lo que ha inoculado en su alma la España católica y colonizadora.

Sin embargo, rescatar al pueblo corrompido desde sus cenizas exige una potencia creativa superior. Por este motivo, Abasolo también se formula una pregunta acerca del poder como instancia capaz de poner en práctica una redención. ¿Cómo entender las prerrogativas y los límites de esta autoridad? ¿De qué manera el gobierno puede ser al mismo tiempo efectivo y hacer que su intervención sea cada vez menos necesaria? El poder encontraría su justificación en la falta de espíritu social difundido en las relaciones privadas. Se requiere, en tal sentido, de un Estado poderoso únicamente como una mediación que haga posible la moralización del pueblo. La centralización del poder en el Estado, entonces, sería una cuestión meramente temporal, una enajenación legítima que se hace a las masas envilecidas para que advenga un pueblo que sea capaz de reasumir su potencia.

La clave de la propuesta de Abasolo reside en defender la existencia de esta autoridad estatal vigorosa para que pueda imponer «fuertes contribuciones al capital y a la renta» que permitan «educar al pueblo y aliviar sus miserias». La construcción de la república, por tanto, podría comprenderse como un proyecto de educación popular radical. No se trata de una moralización por medio del despotismo, sino de una educación del pueblo que haga posible realizar lo infinito en nosotros mismos: abandonar el reino salvaje de la iniciativa privada y retornar a la tierra de la fraternidad, del «yo-todos», del «yo-sociedad». Toda asimetría del



poder en la república naciente tiene esta justificación: ser un instrumento que produzca las condiciones necesarias para la verdadera Asamblea Constituyente, aquella en que los hombres no son individuos o turbas impersonales, sino una fraternidad. Dicho de otro modo, la asimetría del poder se entiende como un requisito inevitable para una real democratización del poder en la sociedad.

En suma, la apuesta de Abasolo consiste en salvar a la patria en lo que él califica como su integridad. Esto significa: ir más allá del orden consumado de la organización del país (defender territorios y fronteras, construir ferrocarriles y caminos, etcétera) hacia el horizonte de lo posible mediante la rehabilitación de lo sublime. Pero, ¿qué es lo sublime para una nación? ¿En qué consiste ese horizonte de perfección suprema convertido ahora en un ideal republicano?

La imagen o ilusión superior sería la que ofrece una sociedad fundada en la amistad y no en el egoísmo superficial de la pura búsqueda de la riqueza. Abasolo tiene la convicción de que la nueva república debe dirigirse hacia esa esperanza y confía en el advenimiento de un pueblo solidario a partir de la ilustración de las masas empobrecidas. Por estas mismas razones, también cree en la riqueza moral de los sabios frente a la acumulación capitalista abyecta. Esto explica que su alegato no sea a favor de una igualdad simple y fácil entre los hombres, sino en pos de una diferencia legítima y enriquecedora. Esto último precisamente define lo que el pensador chileno denomina «aristocracia de la virtud», una distinción que fractura la igualdad ramplona para permitir un concepto y una experiencia más sustantiva de la libertad. Desde este punto de vista, hay un llamado que se infiere del texto de Abasolo, una convocatoria a espíritus excepcionales para que conduzcan el programa educativo sin el cual nunca será posible la república de los amigos, porque «el pequeño y oscuro círculo de amigos es el que sirve de fundamento a la república».



Todos sabemos que nada hay más serio y difícil que la amistad. Por eso Abasolo está convencido de que debemos asumirla como una religión para que resucite todo lo bello que ha sido sepultado por una época gris en que la democracia todavía permanece como una promesa incumplida. La revolución nunca será nada más que un fuego de artificio mientras no se produzca esa sublevación íntima que trae consigo una educación popular. La revolución debe ser social y moral para que la Asamblea Constituyente pueda efectivamente alumbrar la república soñada durante tanto tiempo. Entre lo consumado y lo posible se producen las diástoles y sístoles del corazón del Chile que conoció a Abasolo y quizás también del nuestro. Las palabras de Abasolo poseen para quien sepa escucharlas una actualidad inquietante que nos invita a preguntarnos qué es lo consumado y qué es lo posible en nuestro presente y en esa república que todavía está a la búsqueda de sí misma.

RC/MR, 2015.



Los ricos y los pobres, o lo consumado y lo posible



I

Lógica es el arte de ser. Todos los seres se desarrollan, son cada vez más de lo que eran; luego Dios ha puesto la lógica al alcance de todos. ¿Cómo? Una cosa es creer y otra es saber darse cuenta de lo que se cree. El hombre cree muchas cosas sin saber darse cuenta de que las cree.

Razón es identidad. El yo percibiendo la identidad de sí mismo es tipo de razón. Y percibiendo la identidad posible de los demás yoes consigo mismo, es razón, lógica, ciencia o verbo.

El yo, buscando la identidad de los demás consigo mismo, no la encuentra, solo halla semejanza, y dice: ¿Por qué los demás no son idénticos a mí, cuando yo siento el germen de lo infinito? ¿Por qué todo no es idéntico a mi voluntad? ¿Por qué estoy limitado y sometido a condiciones? Luego, yo no produzco lo exterior. ¿Quién lo produce? Y busca en la ley de los seres, en la serie legal de los yoes posibles, el yo que puede ser la entidad de todos los yoes. Y halla a Dios, que es la posibilidad final y necesaria de todo ser. Dios idéntico a todos es razón de todos. Y Dios, ideal hacia el cual todos marchan, es razón de todo lo posible.

¿Qué es verdad? Aquello que corrobora esa manera de ser de Dios respecto de lo creado, o que corrobora esa manera de ser del individuo respecto de los demás y de Dios, o que lo realiza como el ser que ha de ser cada vez más idéntico a los demás y a Dios. Dios hallado es lógica establecida.

Dios es prototipo de razón. Como razón es identidad, el yo que posee la identidad de todos los yoes es la razón absoluta de todos. Dios no puede crear sino según su razón suprema que es identidad; luego, Dios no crea más que yoes, porque solo el yo puede ser idéntico a su yo. Y, como todos son creados según la propia naturaleza de Dios, todos llevan el mismo germen de lo infinito, todos quieren



realizar ese infinito en sí mismos, según el verbo de Dios que dice en cada uno:
«Sé todos como yo soy todos.»

Un esclarecimiento. Lo que del conjunto infinito de los seres es identidad en Dios, *del* individuo solo es madre-identidad en Dios, y en el individuo es filio-identidad de Dios. Porque el individuo para percibir su identidad con Dios tendría que poseer la identidad de todos los seres, cosa imposible y que lo haría Dios: el conjunto infinito tiene por verbo evidente el progreso eterno y su posesión es omnipotencia realizada; y su conocimiento progresivo es conocimiento o posesión progresiva de la Omnipotencia. Dios en su eternidad-instante ve con su fe, que es forma suprema de voluntad, a todo ser tal como será la eternidad, idéntico a él, el infinito. Esa fe, esa suprema voluntad de Dios dice en cada uno: Sé Omnipotencia.

Dios es todos los seres, ningún ser finito es Dios. Ahora, cada ser es libre, hace lo que quiere en su esfera de capacidad. Luego, Dios nos deja hacer lo que queremos en esa esfera. Y Dios es nosotros, luego Dios es pasivo para nosotros. ¿Será inerte para nosotros? Nuestro ser está sujeto a condiciones de un tipo general para desarrollarse y para ser feliz o desgraciado, y esas condiciones no son más que formas diversas del verbo de Dios que dice en cada uno: Sé todos como yo soy todos; luego, Dios no es inerte para nosotros; su pasividad no es indiferencia, sino que es el amor necesario de la maternidad que se complace en ser la pasividad suma para que el hijo sea persona y libertad. Su verbo se completa ahora y dice: Y para ser todos y ser Omnipotencia debes ser inmolación a todos, como yo soy inmolación. Y como yo al ser inmolación soy razón y medida de ser en cada uno, tú al amar debes ser también medida y razón de ser. Y como yo soy Libertad, Genio, Ideal en todos vosotros y en mí mismo, tú debes ser libertad hasta ser genio, y genio hasta ser ideal en ti mismo y en los demás.

Dios hallado es moral fundada.



El Dios que explica la creación y el destino de todos los seres debe bastar a las ciencias humanas, como la causa primera en metafísica, como el ideal en el arte de la vida, como sanción en moral. Y en resumidas cuentas poco importa que se generalice o no la evidencia metafísica de que todo es ser y que la cualidad material no es más que la forma bajo la cual la concepción finita percibe las condiciones exteriores del yo y de los continentes de yoes. Las ciencias experimentales se han encargado de vulgarizar esta verdad: Que toda la materia es animal y que el mismo insecto se compone de otra multitud de insectos; multiplicabilidad que debe llegar hasta lo infinitamente pequeño.

Dividir al ser en activo y pasivo, en ciencia y conciencia, en verbo y sustancia, es falso. Pero es una distinción cómoda.

La ciencia es el conocimiento de lo posible. Conciencia es el conocimiento de los hechos. Y la ciencia alumbró la conciencia y la conciencia rectificó la ciencia. También podría decirse: Conciencia es el ser siendo el yo y algo más que puede ser idéntico al yo; y ciencia es el yo buscando la identidad de todo consigo mismo. Por esto trata de ver en la materia continentes ontológicos de exterioridades aparentes.

La ciencia, mostrándonos lo que fue posible y lo que será posible, lo peor de lo que ha sido, los abismos que se han evitado y el bien que nos espera, nos da la medida de nuestra bondad, de nuestra capacidad, de nuestro mérito. Y mostrándonos lo mejor y más bello que pudimos ser y que no fuimos o que no somos, nos da la medida de nuestra inmoralidad, de nuestra incapacidad, de nuestro demérito. La ciencia es luz de moralidad. Ciencia hallada es moral dictada. Y ciencia amada es moral sancionada en la conciencia.

También podría decirse: conciencia es el conocimiento del pasado calificado por la ciencia, y ciencia es el conocimiento del porvenir apoyado por la



conciencia. Ni ciencia ni conciencia son más claros que ser. La ciencia es el conocimiento de la ley obrando en lo posible. Y conciencia es el conocimiento del pasado organizado según la ley. Y la ley es percibida en los hechos y en la serie de fenómenos correlativos y diversos.

Lo real es la lengua de Dios y es tipo de lenguaje y de razón. Lenguaje es la expresión de lo que es.

II

¿Son los hombres iguales entre sí e independientes unos de otros? ¿Una asamblea constituyente es la expresión soberana de esa igualdad y las leyes son ecuaciones derivadas de esa ecuación primera?—No.

Una asamblea constituyente es la expresión de la humanidad elevada a la visión de la justicia, que es el genio y el ideal respetados en los demás, y al instinto de la libertad, que es el ideal y el genio respetados en uno mismo. Es la patria lo que queremos salvar, en la integridad de su genio por la proclamación del derecho, y en la integridad del derecho por la institución de la mancomunidad política, que es fraternidad realizada; y esa patria la amamos y la salvamos, no porque sea una suma de sufragantes soberanos, sino porque hay algo en ella, en cada uno, algo más grande que nos une y que nos eleva. ¿Qué es eso? Es eso mismo que sentimos en las campañas de la independencia cuando la libertad fue genio, cuando la igualdad fue amor, cuando la fraternidad fue gloria. Verbo divino que te cernías entonces sobre la América, ven otra vez a decirnos que no es la igualdad de los hombres lo que buscamos, sino la fraternidad de las almas lo que queremos, que la patria hecha gloria y esplendor es la gloria y el esplendor de cada uno de sus hijos, y que no solo fue la tierra y la independencia lo que conquistamos, sino también la



revelación de la República, del yo-muchedumbre, hecho inmensidad porque es todos, hecho poderoso porque es ideal.

Luego no veamos unidades aritméticas en la multitud de hermanos y de amigos; veamos bellas creaturas de Dios que quieren darse incesantemente unas a otras el testimonio de su origen divino.

Condensemos en las palabras esa atmósfera vaporosa y bella que vaga sobre la atmósfera casi material de las ideas cerebrales que suenan en las tribunas; realicemos un sentimiento positivo esa vaguedad divina que, como un espíritu mudo esperando su encarnación, flota por encima de ese ruidoso espíritu público del día; vertamos al lenguaje de las ideas y de los sentimientos perceptibles ese verbo impalpable, esa luz de luz y alumbremos la ley con esa irradiación de Dios. Aprecio amistad, fraternidad, consanguinidad en Dios, y como un espíritu de veneración por la naturaleza de la especie, he ahí el fondo de una constitución sencilla y fuerte y despojada de la ligereza francesa y de la severidad inglesa y yankee. Y en vez de igualdad, que es absurda, la nueva aristocracia de la virtud. Y la virtud nueva cuyos grados se marcan por el grado de encarnación del principio del deber en cada uno.

Es una sociedad de ricos y de pobres, de pudientes y de desvalidos, de instruidos y de ignorantes, de enfermos y de sanos, de miserables y de fuertes lo que el legislador tiene a su vista y bajo su dictamen. ¿Dirá el legislador, por un charlatanismo de justicia: «todos sois iguales, sálvese cada uno como pueda?» Eso es ridículo y falso.



III

Tal como los sabios más avanzados conciben el principio político en sus relaciones con el problema social, aquel se reduce al *dejar hacer* de Dios en la naturaleza, principio divino y fecundo. Pero en las actuales circunstancias morales y religiosas de humanidad este principio debe ser funesto a la libertad al fin de cuentas. Primero: porque elevarse demasiado sobre las condiciones sociales suele traer por resultado quedarse con las palabras y sin las cosas. Segundo: porque la política delante de la religión será como un niño en presencia de un hombre serio; y la religión dirá siempre: yo soy el supremo derecho público porque soy el depositario de la moral y del destino. ¿Qué será de los Estados Unidos, de la Alemania, de la Inglaterra? ¿No serán estas naciones algún día absorbidas por el jesuitismo o por alguna otra secta de su mismo carácter? ¿No serán las infortunadas naciones latinas las que están destinadas a hallar la última forma política y social que signifique la emancipación definitiva de todo espíritu teocrático? ¿*Dejaremos hacer?*

En lo posible que nos circuye tenemos a un lado lo siniestro, al otro lo salvador. Nuestro espíritu de cuerpo se llama política; toda nuestra capacidad de organización está allí; y es el espíritu de cuerpo el que debe salvarnos. Pero una posibilidad social o política ¿es un derecho del pueblo? ¿Qué dice de esto el Derecho Público? ¿Es esto del atributo de las actividades moral y científica, no más? El Derecho Público trazado por Lastarria es un ideal que nos guía (salvo la libertad incondicional concedida a la esfera religiosa); pero el piloto tiene que transigir con los vientos y hacer notables curvaturas para seguir su derrotero. En el día el Poder (legislativo o administrativo) hace incursiones continuas en las esferas de las actividades, moral, industrial, religiosa, ¿hasta dónde puede llegar este atributo del poder? Puede dictar leyes sobre las aguas y los montes, fundar y mantener caminos y ferrocarriles, sostener un culto, dirigir la instrucción, etc., y ya que el Poder se injiere en todo esto es lo más natural preguntar: en estos avances



buenos o malos del poder, ¿cuál es la senda que debe seguir para que cada día vaya haciéndose menos necesaria su intervención, hasta que al fin se encierre en los límites de su esfera legítima, que es la inculcación del derecho?

Parece que hay un principio incontestable sobre esto, a saber: La falta de espíritu social difundido en las relaciones privadas debe ser saldada por la ley; si el pueblo es inmoral y descuidado de sus intereses sociales y políticos, la ley debe ser tanto más paternal, tanto más debe tender a inculcar el espíritu público, a instituir la república en cada espíritu individual, haciendo a todos capaces de comprenderla como idéntica a la ilustración y a la fraternidad. Y si no la república es imposible. Pues si el Poder tiene el deber de amparar la economía de la riqueza general, ¿con cuánta más razón no debe tener el de ensanchar la esfera de los espíritus, que es el fin republicano?

Hay algo más que la tierra, es el territorio inmenso de los espíritus. Hay algo más que el ferrocarril y que el telégrafo, es la viabilidad de las ideas y la comprensibilidad recíproca de los hombres. Porque el espíritu «hizo la tierra» (Michelet) y la hizo «peana de sus pies» (Evangelios), y el falaz apostolado de esa Europa decrepita y materialista luchará en vano por atrofiar esos pulmones poderosos del alma que reclaman su oxigenación de fraternidad y de gloria, su atmósfera libre de república, el ambiente virginal y fecundo del yo-muchedumbre y del espíritu inmensidad.

Y escritores serviles, traficantes del mercado de la opinión, propalan entre nosotros ese viejo dogmatismo europeo del Estado hecho institución de economía política y taller de comodidades y de refinamiento. Y París, ese ideal de Mascarillas, de comediantes y de mujerzuelas, ese ideal de haraganes de buen tono y de celebridades de barrio, ese apoteosis de nulidad y de lupanar se encarna furiosamente en América y apolilla en su infancia la planta vigorosa de la república. Y la aristocracia del oro y la aristocracia de apellidos celebran su



festividad malvada sobre los antros de la miseria y el sacerdocio las consagra y los sabios de América, aclamando la Europa, se extasían en la contemplación de un presente corruptor. Y se ha formado un rumor inmenso para sofocar la voz innata de la conciencia demostrando que la opulencia es moralizadora y que el derecho de apropiarse ilimitadamente la tierra es idéntico al derecho de ser libres.

Y como esto hace tanto ruido y no ha tenido más réplica que ese demente comunismo francés de la sociedad-máquina, del hombre-función, del Estado-déspota y del Dios-quimera, echemos una rápida ojeada sobre el origen de la riqueza y de la propiedad.

IV

Es verdad que fue el trabajo, el hombre, el espíritu el que hizo la tierra valuable y productiva. Pero ese espíritu, genio de la tierra, fue el espíritu del pobre. Esos millones que la estadística escribe con tanta comodidad han salido del hogar del pobre donde se cría el trabajador, que es la fuente de la riqueza; y ese hogar salió del vientre de la pobre proletaria, que tantas veces ha golpeado en vano a la puerta de los hospitales. Si la estadística redujera a cifras la suma de sacrificios que esos millones han costado a los miserables, se verían cosas raras que hoy no se ven. El trabajo material es un agente instrumental y pasivo, decís, y sin nosotros, que somos la inteligencia, ese instrumento sería improductivo; y azotáis con desdén las bestias que tiran el carro de vuestra opulencia. Pero dejadlas dueños de la tierra, dadles atmósfera, y veréis que esas bestias se hacen inteligencia. Dadles otro medio moral de acción, y veréis que se hacen iniciativa y se alza su estatura. ¿Y quién os dio a vosotros el tiempo de cultivar vuestra inteligencia? Fue el pobre que trabajaba por vosotros y que dejó de cultivar su inteligencia porque estaba condenado a trabajar o a morir. Salid vosotros de Chile, ¿qué habrá perdido economía del país? Nada. Pero que salgan todos los pobres de Chile, ¿a qué quedan



reducidos vuestros campos, vuestras haciendas, vuestras ciudades? A cero. ¿De dónde sacaríais peones a *real* y a *dos reales*? Y ellos a donde quiera que vayan, menos a la China, mejorarían de fortuna. Tenéis un socio bastante ventajoso para vosotros.

¡Qué cómodo es tener esa familia de bestias que forman y cuidan solas su hogar y producen por su propia solicitud la multitud de bestias de trabajo! El pobre peón cría sus niños con el sudor de su frente para que sean peones de su patrón cuando grandes y (sin que él lo sepa) para que el jornal no suba por la escasez de peones y para que los patronos hagan pingües fortunas, y los pobres sean cada vez más abundantes y más mal pagados. La moralidad del pobre en razón inversa de su riqueza. Esto es, mientras más moral seas, más pobre serás. Y mientras más inmoral seas, más rico serás. Esto, que es la ley actual de las cosas, dicen los juriconsultos que debe ser respetado. ¿Por qué? Porque si tuvieran que descender a examinar cuáles son las fuentes originales de la riqueza (moralidad pública, espíritu social, solidaridad de acción), tendrían que confesar, que su saber es una pamplina. Y esto es duro. Porque, cambiando las nociones sobre el origen o la fuente de la riqueza tendrían que cambiar también las nociones sobre el origen y la legitimidad de la propiedad. Y esto es grave y comprometente. ¿Y quién querrá cambiar una celebridad proclamada e iluminada con el día de la serenidad, por una celebridad dudosa que tiene que aparecer en los umbrales de lo inexplorado y desconocido que parece caos a los miopes?

¿Y quién obliga a los pobres a tener hijos? ¿No es esto un acto voluntario y de libre albedrío en ellos? ¿Qué culpa tenemos nosotros? Es decir, ¿quién obliga a los pobres a tener amor y ternura? ¿No sabéis quién es? Es Dios. Pues que se entiendan con Dios, ¿no es esto? Y para que se entiendan con Dios les habéis dado al cura que le sirva de intérprete. Y en este cinismo se siente un agente, pero no se presenta ninguna persona responsable. Hay una voz que sale de las cosas y que proclaman los hechos y esa es la voz de la verdad, muy distinta de la que sale de



los labios de los hombres relacionados con las cosas y los hechos. Suponed que un clérigo dice al pueblo: «Sed buenos peones, salvad nuestras poltronerías y nuestras concupiscencias en este mundo y nosotros te daremos la salvación en el otro.» Esta es la voz de los hechos.

¡Pobres madres! Dios tuvo la extravagancia de dotarlas de un corazón tierno y amante y harán todo género de sacrificios por salvar sus hijos. Esta rara solicitud aumenta considerablemente el número de bestias de jornal, el salario baja, porque las madres han sido heroicas para cuidar sus hijos... Charlatanes de la jurisprudencia, ¿a qué abismo queréis llevarnos? ¡La riqueza de los ricos fundada en la ternura de las madres victimadas por los mismos ricos y en la indolencia de éstos que calculan y dicen: mientras más miserable sea el pueblo, más peones tendremos y más baratos, menos se elevarán a una condición superior y la riqueza estará distribuida entre menos manos!... Hasta se ha pensado en cerrarle las puertas de la emigración, en Chile, por un hipócrita refinamiento de explotación y de tiránica compasión.

«¡Cosa horrible y detestable, no solo para vista, sino para contada es la que vemos! Se necesita una triple coraza en el corazón y una muralla de diamante para hablar de ello sin lágrimas y sin ayes: el pobre pueblo trabaja incesantemente, prodigando su cuerpo y su alma, es decir, su vida, para alimentar a la generalidad del reino; rompe la tierra, la cultiva, la limpia, la siembra; para él no hay estación, mes, semana, día ni hora que no requiera su asiduo trabajo; en una palabra, *se hace ministro y casi mediador de la vida que Dios nos da* y que no puede conservarse sin los frutos de la tierra.» (Memoria del siglo XVII citada por Lamennais).

La *cosa* no parece tan *horrible* y tan *detestable* en Chile como parecía en Francia al estadista del siglo XVII. En esta estación de abundancia hay sonrisa en los campos y cantos en el rancho, a cuyas puertas se ven muchos vientrecitos materialmente repletos arrastrándose por el suelo. Es el júbilo del trabajo; la buena



tierra, la madre piadosa, fecundó las semillas, hizo brotar las plantas y las colmó de fruto. Los pobres cantan; cantan a Ceres piadosa; aman la diosa fecunda que los ama, como temen a Jehová que los azota. Pero tras esta alegría está la primavera con sus *meses azules* de hambre y de sus fiebres y el invierno con sus labores penosas y sus mañanas de hielo. Los ricos no conocen del campo más que el verano, es decir, la sonrisa; pero es en el invierno donde se percibe *la cosa horrible y detestable* y donde se echa de ver que el pueblo *se hace ministro y casi mediador de la vida que Dios nos da*.

Las familias pobres en la ciudad suben a una escala superior, o desaparecen; y es el campo el que repuebla la ciudad de proletarios. Por eso ellos aman el campo, la tierra, Ceres, y en esa dulce incubación hay la imagen de una diosa semejante a la que adoraban los antiguos pueblos de la Grecia. El huaso es el tipo del pueblo original. Entre ellos se encuentran todavía notables vestigios de aquella dulzura primitiva de los indígenas, el cariño espontáneo, la hospitalidad afectuosa que irradian con la misma naturalidad que la pupila; pero la creatura del cura y del patrón lo va invadiendo todo. Patrones indolentes y tiránicos que de buena fe se imponen como tipos de generosidad y de justicia, y curas mundanos y codiciosos, que predicán la abnegación y esquilmán a los pobres, han hecho al huaso taimado, intemperante y amigo de esos fraudes astutos que evaden la moral y la ley. La España sigue todavía encarnándose en América.

Ese ridículo y aristocrático plan de estudios de Cailo parece que poco o nada tuviera que hacer con el peón. Sin embargo, puede calcularse que suprimiendo cuatro años de estudios a la profesión de médico, en pocos años disminuiría en diez o quince mil la cifra de la mortalidad entre los pobres. ¿Cómo? El número de médicos se triplicaría, su asistencia se haría accesible hasta a los habitantes de los campos más apartados, y lo que es más, el comercio con los médicos difundiría, como entre la gente acomodada, las nociones generales de la medicina doméstica entre los pobres, cuya ignorancia les es tan funesta. Una decisión de los sabios de



la Universidad, asesina quince mil habitantes al año más o menos, niños casi todos, conforme a los altos dictados de la erudición y del espíritu de los pueblos cultos. ¿Y de cuántos abusos no son víctimas por su ignorancia de las leyes? Nada más en pugna con las instituciones democráticas, que monopolizar la ciencia en este país de tinterillos, de curanderos y de hechicerías.

Dice Malthus: «que la población se mantiene al nivel de los medios de subsistencia;» ¿y acaso la ciencia difundida no es un medio de subsistencia? La inteligencia organizadora y previsor, ¿no es un medio de subsistencia? La moral, que es temperancia y fraternidad, ¿no es un medio de subsistencia? Y esa ciencia, esa inteligencia, esa moral que aumentan la población y que multiplica los brazos del trabajo, ¿quién es? La madre del pobre; y es más que eso aun: es el sacerdocio de la maternidad. Religión sincera de heroísmo envuelta en lo miserable y repelente.

Sin tomar en cuenta el hecho de que esta tierra fue usurpada por la España, de lo que hemos dicho se deduce:

1°. Que la riqueza en sus magnitudes actuales proviene de la solidaridad de acción social. Fue en su origen una cosa muy pequeña, por ejemplo, una ciencia o un arte embrionarios, un instrumento, una choza, una familia organizada y moralizada, y, después el cambio mutuo de servicios fue dando valor a lo que antes no lo tenía.

2°. Suponiendo que la propiedad del suelo haya sido legítima en su origen (lo que es absurdo), esa propiedad ceñida a los límites de acción de la familia únicamente no podría importar más que una vida modesta cuyo lujo no pasaría de la abundancia. Y donde quiera que se reprodujera el fenómeno del aislamiento, al fin de algún tiempo siempre hallaríamos la misma ecuación: Trabajo igual



abundancia, cuando más. Y también esta otra: Trabajo igual sustento, por lo menos.

3°. Que la riqueza en su actual importancia proviene del cambio de servicios, de la división del trabajo y de la solidaridad de acción. Una sociedad en su acción general de economía es como si dijeran sus miembros entre sí: Nosotros cultivaremos la tierra, ustedes harán caminos, los otros trasportarán los frutos, aquellos los venderán, esos serán industriales o fabricantes, esos otros serán justicia y administración y el resto estudiará para enseñarnos lo mejor en todo. Y de esto modo la tierra que antes valía diez llega a valer ciento, y si antes era sustento, ahora llega a hacerse opulencia.

4°. En esta dinámica social, como ningún Estado ha decretado que siempre subsista la ecuación, *Trabajo igual abundancia*, abundancia proporcional al número y a la riqueza total, resulta que el salario es libre y que la sociedad queda colocada en la pendiente fatal de este principio incontrovertible: Una pequeña acumulación de riqueza facilita una segunda y una tercera, y mientras menos tienen los otros, más difícil les es tener más y más fácil les es tener menos. La riqueza se reconcentra en pocas manos y el resto del pueblo quedando reducido al proletario bajan los salarios.

5°. Los bienes morales mientras mayor número los posee más se multiplican; pero con los bienes de la tierra sucede todo lo contrario; mientras más posean unos menos poseerán los otros. Y esta progresión funesta subsiste y se desarrolla porque los pobres subsisten y se desarrollan a pesar de ella. Y subsisten y se desarrollan por los afectos del corazón, por la piedad del hogar, por la religión de la maternidad, y la riqueza de los ricos tiene por fundamento el buen corazón de los pobres.



6°. Mientras más concupiscencia haya en los ricos menos piedad tendrán para con los pobres; las leyes y las costumbres se resentirán de su indolencia y los pobres más desamparados así, serán más pobres y más numerosos, el jornal bajará y los ricos ganarán más con menos gasto de trabajo. Luego la riqueza de los ricos tiene por fundamento la concupiscencia.

Y finalmente. Todo americano al levantarse debe maldecir esa brutal Europa que nos ha bautizado con sus aguas hediondas. Es ella la fundadora del hombre aislado tomado como tipo del cual deben salir la metafísica, la moral y la economía social. El hombre aislado percibiendo cosas y no seres, percibiendo con los sentidos y no con el alma y así ha creado sus economistas idiotas y sus filósofos duendes. El hombre aislado es una quimera. Y eso que hace abrir tantos ojos a un niño, es el prototipo de la ciencia europea.

Del hombre aislado percibiendo cosas y no seres, acumulación de riquezas y no acumulación de espíritu social, salen esos abortos que se llaman Napoleón I, que saquean el alma de cuatro generaciones para rellenar con los grandes figurones del apoteosis de las magnitudes materiales y que llaman gloria los franceses.

Decir como M. Jules Simon: «princiemos por el principio, es decir, por las necesidades de mi cuerpo.» Decir esto es definir la Europa.

El derecho primordial y supremo de todo hombre es ser el yo-sociedad. La sociedad es una propiedad de todos y de esta propiedad original y típica deben derivarse las demás nociones de propiedad. Porque la noción de propiedad debe fundarse en la de justicia y razón, y ¿qué es justicia y razón? Aquello que realiza el progreso de la especie según el Ideal Eterno. La lógica del yo individual acaba en cero; el yo-sociedad va al Infinito. Luego los intereses del yo-bestia deben subordinarse a los del yo-moral.



Argumentos de M. Simon: Si no hay propiedad posible, inviolable y aumentable no hay estímulo de trabajo, ni estímulo de orden—el caos; el lugar sin esperanza es el Infierno. Los noventa y nueve centésimos del valor de la tierra son fruto del trabajo. Esto más o menos.

Refutación: Una vez distribuida la tierra de un modo equitativo y hecho inalienable y no hipotecable, la industria podría aún hacer algunas fortunas colosales y monstruosas; pero como esas monstruosidades, si no corroboraban, no impugnaban tampoco el principio del yo-sociedad, en obsequio al principio de la libertad, esas monstruosidades debían ser toleradas, aunque sometidas a fuertes contribuciones. Pero no sucede lo mismo cuando la desigualdad de fortunas ha salido de un orden de cosas fundado en una distribución inicua de la tierra. La tierra distribuida entre pocos es casi la totalidad pidiendo trabajo para ganar el sustento. Mientras más peones hay más trabajo se exige de cada uno, menos peones se necesitan, más oferta de peones, baja el salario. ¿En qué principio de justicia se funda esto? Es en este orden de cosas donde la codicia se hace divina y donde a los que tienen les es más fácil tener cada vez más, y viceversa.

Si los noventa y nueve centésimos del valor de la tierra pertenecen al trabajo, los noventa y nueve centésimos del valor de la tierra trabajada pertenecen a la solidaridad de acción de la comunidad social. La tierra inculta y solitaria valía uno. El trabajo de una familia la hizo valer ciento. Pero el desierto se hizo población, Estado, Sociedad política y un conjunto enorme y prodigioso de acciones acordes y convergentes hizo allí toda una base económica de un pueblo culto, y aquella tierra que el trabajo había hecho valer ciento, la acción social de un pueblo la ha hecho ahora valer cien veces ciento. Esta división de trabajo y esta solidaridad de acción que hizo este milagro no puede subsistir sin peones, y para realizarlo es indispensable que la mayor parte de los miembros de la comunidad se resuelva a trabajar como peones. Y entonces nosotros ¿por qué abusamos de ese



hecho social producido por las iniquidades pasadas, esto es, de la existencia del proletariado? ¿Por qué no damos su parte legal al desvalido?

Pero nada de comunismo francés aquí. Dejemos subsistir el hecho monstruoso como una institución viajera hasta que el ideal moral sea realizado. Fuertes contribuciones y nada más. No tranquilicemos lo abyecto.

No, M. Jules Simon: la tierra no es del que primero la toma y la habilita para el cultivo; la tierra no es ilimitada y ha de alcanzar para todos; y esos títulos solo serán buenos hasta que se presente el nuevo poseedor con el nuevo título, el yo todos, el yo-sociedad, el yo-generaciones venideras y que os responderá con la dignidad de un Dios: «Yo soy el que soy y seré, tú eres lo que no volverá a ser jamás. Yo soy en la inmensidad de la Historia, en la inmensidad de los cielos, en la inmensidad de Dios. Yo soy en el mundo de la vida donde todos somos inmensidad de la vida, porque la inmensidad es todos y cada uno es inmensidad. Tú eres el fósil de una época pasada. Con lo que tú has rellenado el figurón antiguo de la especie humana, nosotros celebraremos el himeneo del cielo y de la tierra con el hombre transfigurado. Yo vengo en nombre de las generaciones futuras, yo soy lo innumerable que viene; sal tú de esta casa, porque esto va a ser renovado.»

La sociedad es la propiedad de todos, propiedad original e imprescriptible, todos tienen el derecho de transformarla y mejorarla, porque ella es el cuerpo común y el alma común.

Toda propiedad puedo encontrar su medio de legitimidad, pero no la propiedad desproporcionada de la tierra. Todo puede ser hipotecado y también una parte del usufructo de la tierra, pero no la tierra. El derecho ordinal es la vida, y la tierra es indispensable para la vida. El derecho original es la libertad y la servidumbre es una esclavitud disfrazada y real, y habiendo desproporción en las propiedades territoriales habrá servidumbre. Nada más cómodo que la tierra para



vincular la economía; todos tienen igual derecho a esa comodidad; pues ¿cuáles son los títulos originales de cada uno?

La libertad es necesaria aún en las sendas de lo absurdo para que salgan a luz las posibilidades siniestras y el instinto se haga ciencia y garantía para el porvenir. La acumulación de riquezas se legitima así, pero no la acumulación de tierra, que es usurpación del derecho de vivir, y esa usurpación, que es consagración del asesinato sórdido, degrada profundamente a la sociedad entera, la cual es la propiedad de todos que todos deben cuidar y defender como el alma común y el cuerpo común.

V

Es preciso vindicar la propiedad, rescatarla de la deuda de ese censo ingente que la grava en la conciencia de los hombres justos. La riqueza es el trabajo acumulado. Mientras el trabajador sea pobre la riqueza será casi usurpada. Los salarios no habrán guardado proporción con el producto del trabajo. ¿Cómo santificar la propiedad, entonces? Por las contribuciones.

Ahora, el principio, cuasi socialista, pero el único salvador en nuestras circunstancias, en virtud del cual deben imponerse fuertes contribuciones al capital y a la renta para educar al pueblo y aliviar sus miserias, acumula una gran suma de poder en manos del Estado; una gran riqueza que distribuir en escuelas, hospitales, talleres, médicos, etc., entre una multitud de funcionarios, es un gran poder. El regulador del predominio, del poder centralizado, debe ser en tal caso el mismo espíritu que quiso centralizarlo; al espíritu de patriotismo y de fraternidad que supo elevar la economía social del país a ese grande esfuerzo. Esta centralización debe durar solo mientras se desarrolla la iniciativa individual. Todo poder que el pueblo enajena en manos del Estado lleva un espíritu particular; y según sea la mayor o



menor superioridad y elevación de ese espíritu así será la mayor o menor facilidad que tiene el Estado para abusar de él y apropiárselo, porque mientras más superior sea el espíritu con que se enajena, mayor será el espíritu inspectivo o inmanente de que el pueblo queda en posesión. Y solo hay una enajenación legítima: aquella que tiene por objeto producir efectos tales en el pueblo que cada vez lo hagan más apto para reasumir mayor cantidad del poder temporalmente enajenado. Tal es la educación bajo todas sus formas, la educación sin catecismo y doctrinas de monopolio.

Resumamos y completemos lo dicho. Primero. Cuando por cualquiera causa el pueblo es incapaz de efectuar la regeneración democrática por la iniciativa privada, es indudable que se halla en ese estado, en que es forzoso a todo pueblo enajenar una gran parte de su poder en manos del Estado para mantener el orden, y en tal caso, si no hace que el Estado emplee su fuerza en hacer el bien, es seguro que la empleará en hacer el mal. ¿Y por qué es forzoso enajenar una gran parte de poder? Porque hay masas inertes, elemento del caudillo; porque la oligarquía que domina no quiere despojarse de su poder y hará revoluciones por conservarlo, y porque los principios del derecho público son inútiles para los hombres que no quieren aceptarlos—pobres y ricos en Chile—y para que los acepten es necesario prepararlos. Segundo. El principio de Estado debe ser siempre ir educando al pueblo en el sentido de hacerlo cada vez más apto para volver a reasumir el poder enajenado. Esto no se consigue sino tomando bajo su amparo una vasta y liberal educación y el bienestar de las clases menesterosas, sin menoscabar en nada todas las iniciativas probadas que tengan el mismo objeto, en la escuela, en el club, en la prensa, y sin perder de vista *que la verdadera educación de un país libre es el espectáculo permanente de su política.* (Quinet).

El saber se encuentra en el mismo caso de la riqueza; es una propiedad casi usurpada y que para ser vindicada y legitimada debe imponerse un censo permanente para con los ignorantes. Los que saben deben enseñar gratuitamente a



los que no saben. Y esta conducta realizada es la gran moral inculcada con el ejemplo, esta conducta realizada es el saber dignificado, hecho iniciación y sacerdocio, la república en su elemento más bello, la democracia elevada a su religión.

Nada de Europa aquí. Ni ese socialismo del estómago-Dios, del hombre-función, de la sociedad-mecanismo, que subordina la libertad a la economía y quiere hacer salir la moral de la comodidad; ni esos legitimadores de la propiedad, la cual no es más que la reproducción de la historia del plato de lentejas. Es el ideal moral el que debe realizarse ante todo en los espíritus, y ese ideal realizado será no solo la transformación completa de la economía social sino la garantía de esa transformación progresiva en una paz garantida. Tranquilizar las conciencias en el seno de esta inmundicia, arreglar la economía doméstica en esta crápula moral, embellecer, pintar y dorar estos antros donde se pudren las almas, escribir paz y júbilo en la proa de esta nave sin brújula y de equipaje en carnaval, privar a la humanidad de sus nobles inquietudes y de sus sublimes aspiraciones, quitar lo divino al alma y probar que el hombre animalizado es dichoso,—he ahí el comunismo, he ahí a la Europa en su verbo nuevo.

VI

¡Oh Padre! Si eres Padre, danos la cifra de tu bien, la clave de la verdad.
¡Oh Dios! Tú que eres Dios, señálanos, el camino de la fuerza y de la salvación.
Sea la muerte el infierno, el no ser, danos la verdad, porque la verdad es la sed de tus hijos. Y verdad es lo que es, lo que ha de ser y lo que será eternamente. Pero tú eres la vida y tu palabra es vida y tu sentido es inmortalidad. Y esta es tu palabra:
Sé amor hasta ser todos. Sé libertad hasta ser genio.



Y genio no quiere decir, como se entiende vulgarmente, especialidad en el talento, sino el alma elevada a la espontaneidad y al respeto de sí misma. Genio quiere decir el alma cincelada en su escultura completa que se presenta sin temores y sin disfraces a la faz del día. Genio quiere decir el alma que se siente en comunicación directa con Dios y verbo de su verbo. No seamos más esos caracteres lacayos, seamos genios soberanos. Infinito, ¿quién se opone a tu mandato? Y cuando alguien revela tu palabra ¿quién se opone a tu mandato? Y cuando alguien revela tu palabra ¿quién se atreverá a negarla cuando ella es la medida con que haces a todo ser? Negarla es negarse a sí mismo, y todo hombre que la niegue sentirá duelo en su alma, o carnaval en sus sentidos. Hagamos los genios, el día de los genios. Realicemos el verbo que nos dice: “Sé sublime como tu padre es sublime; sé conocimiento y amor de todos como yo soy identidad o inmolación,» y será el día de las almas, de las almas oscurecidas y extenuadas bajo la festividad de los sentidos. Seamos fraternidad, *yo muchedumbre*, plétora del alma audaz que anhela ser todos como Dios es todos, y el alma audaz y robusta hablará sus palabras poderosas y bellas, sus poemas ocultos e inauditos. Nos morimos, nos hundimos en esta noche de la brutalidad. Y nos admiramos luego de que no haya genios en las letras, genios en la tribuna, genios en la administración. El cuerpo vive de oro y de vanidades; pero el alma vive de libertad y de iniciativa. El cuerpo, es decir, el hombre bestializado. El alma, esto es, el hombre en relación directa e inmediata con Dios y evocando de sí misma la Omnipotencia según la medida de la virtud. Salgamos de aquí, subamos a las alturas, trepemos el Sinaí de verdad de los pueblos libres y en esa eminencia de los espíritus sublimados, recibamos del padre las tablas de la nueva ley. Y si hay tempestad en la montaña será la tempestad de las voluntades que se encuentran y se estrechan y de las almas que se depuran y regeneran. Y será el día de los genios. La literatura nueva y fecunda y los evangelios nuevos que harán salir el hombre nuevo del hombre decrepito. Todo hombre es un héroe que viaja de incógnito por la vida. No más incógnito. No más noche. Un esfuerzo y saldremos a la luz. Que los hombres que aman, que piensan y que creen, aterrados ante lo sublime que nos circunda y ante



esa noche de miseria que nos ciega y nos sepulta, formen ese clamor de juicio final y que se levante la humanidad nueva y radiante de este sepulcro inmenso en que vivimos. Que aparezcan los peregrinos de lo desconocido, los mensajeros de Dios repartiendo entre los hombres las hojas misteriosas del libro eterno donde cada uno halla sus títulos de hijo de Dios, esto es, la palabra que hace sentir a Dios en sí mismo, el itinerario que debe seguir el pensamiento para hacer que el alma se sienta en comunicación directa con Dios; es decir, el evangelio de cada genio, luz de cada uno, esplendor de todos. Y saldrán de sus sudarios los genios sepultados bajo el estruendo de las vanidades, y se alzarán como los Hércules armipotentes de la luz para aterrar y hundir para siempre esas fieras de la noche

VII

El harapiento gigantesco y sombrío que levanta su estatura más allá de las regiones perceptibles y alzando su cabeza en el mismo cielo, clama allí contra nosotros con gritos de dolorosa tribulación. Ese es el pueblo. Y sus labios en el cielo, en las alturas del alma, son sus dolores inefables envueltos en lo tenebroso, sus clamores de desesperación en la tumba del olvido de sus hermanos, sus apelaciones mortales a lo que hay de más venerando en la humanidad hundidas bajo el estruendo de la jovialidad siniestra de las ciudades. Esto no se vio en Pathmos. ¿Qué hay bajo esos harapos, qué alma se oculta bajo esas exterioridades repelentes, tras esos burdos modales? ¿Qué se puede hacer brotar de allí bajo la vara del cariño y del aprecio, de ese cuerpo de donde el sabio y el sermón solo han sacado las degeneraciones de Diógenes? Bajo esos harapos hay un alma virginal y heroica que pasa a nuestro lado disfrazada y muda. Y esa alma en orfandad se envuelve en el manto de la abyección y del oprobio y se levanta como una esfinge del sarcasmo y del cinismo. De ese seno colosal sale en el silencio de la noche una ansia de borracho y un gemido de mujer. Y los holgazanes que oyen dicen: “es la



canalla depravada que se embriaga y riñe.” Y el fraile duerme sosegadamente con las llaves del cielo bajo la almohada. Y los niños piensan seriamente en el infierno.

El pueblo es abyecto, decís, y no sentís el remordimiento. Cuando ese pueblo era dueño de la América, soberano en su tierra, ese pueblo no era abyecto. ¿Quién le trajo entonces la abyección? La España. Y en la aceptación de lo que hoy existe hay algo como la continuación del saqueo y del vandalaje de la conquista, cuando la España determinó en la noche del fanatismo las razas más bellas y evangélicas de la tierra, después de usurparles la herencia de un mundo a nombre de Aquel que no tuvo dónde reposar su cabeza. Y esta humanidad chilena sonríe satisfecha y vividora creyendo haber saldado la ingente deuda con algunos óbolos que valen menos, mucho menos que sus gastos de *toilette*. Y los más escrupulosos se consuelan comparándose con algo más sucio, Londres, París, por ejemplo; éstos, a su vez, se comparan con la China. Este es el criterio de los holgazanes.

Y bien miradas las cosas, lo que hay de más ventajoso para los pobres en América proviene de las circunstancias económicas y de ningún modo de las solicitudes del Estado y de los ricos. En Europa, donde este problema está planteado de una manera mucho más dificultosa, el pobre es el objeto de mil atenciones minuciosas. Y para comprender lo que es el pueblo pobre en América, comprendamos antes lo que era y echemos de ver lo que pudo haber sido. Porque una realidad tiene su complemento, su integridad y sus contornos verdaderos en el pretérito de sus generaciones y en el porvenir asesinado de las posibilidades salvadoras que llevaba en sí misma.

Veamos el pasado de esta América, y veremos lo que eran entonces estas masas, y veremos lo que hubieran podido ser. Miremos, y veremos el pueblo de alma virginal abierta a todos los esplendores de la epopeya. Veremos el pueblo de Jesús viviendo la vida dulce y fraternal a las márgenes de los lagos de la



abundancia, a la sombra de las selvas fructíferas y fecundas. Era aquí donde la voz de los profetas podía haber impuesto el heroísmo y la abnegación como mandamiento divino y hacer palpitar las generaciones que asomaban con el espíritu divino de Jesús; era aquí donde el Evangelio simplemente recitado a la sombra de las selvas y bajo los esplendores del cielo debió producir los genios sublimes de un mundo desconocido y que ahora os imposible. Era aquí donde el hombre debió sentir el cielo sobre su cabeza y la tierra bajo sus pies y pronunciar esas palabras raras que trasfiguran los pueblos y transfiguran la historia. Todo eso fue asesinado; asesinado para siempre. Gracias a la España y al catolicismo.

¿Qué ha quedado de eso? ¿Qué vemos? Las masas huérfanas para las cuales Jesucristo no tuvo una sola inspiración, ni un solo consuelo, porque esto no pasó jamás para la vista de su espíritu tan profético y tan solícito por lo demás. Las masas explotadas, pervertidas, embrutecidas, por el rico, por el fraile, por la miseria.

VIII

¿Hasta cuándo exhibimos esa personalidad vegetal cuya vida se manifiesta solo por unos cuantos gritos del congreso? ¿Qué cosa es fe en la verdad? ¿Acaso es esperar todo del progreso vegetativo de las cosas, de la corriente de las luces europeas, luces tenebrosas? La verdad ha triunfado, luego triunfará, decís, y os envolvéis en el manto de los ensueños. Pero la verdad ha triunfado porque ha habido héroes que han combatido y genios que han exclamado: realicemos lo verdadero, «el hombre libre hace su destino, el hombre libre profetiza su suerte.» (Bilbao); y han realizado la verdad y han profetizado su suerte y han hecho su destino.



Veamos claro, ¿qué es patria? ¿Es sustancia? ¿Es cosa? Es como el yo, la sustancia verbo; y es la patria hecha verbo y vida lo que queremos salvar. Defender el territorio, organizar milicias, tener escuadras, hacer ferrocarriles y caminos es salvar la vida orgánica de la patria; pero ilustrar las masas, revelar a la faz de todos, con una nueva conducta, una nueva conciencia del deber, eso es salvar la patria en su integridad más verdadera. Administrar no es poseer, y la posesión real es aquella que nos da dominio moral, el acuerdo interior de los espíritus, el pacto espontáneo de las voluntades que convergen a Dios y se aman y se buscan y se encuentran en la paz y en el peligro. Trasfiguremos la faz de ese pueblo como una madre que lava a un niño. Así como lo hemos obligado a ser soldado y a morir por todos, que sea obligatorio para nosotros enseñarlo y moralizarlo. Porque eso es también salvar la patria y salvarla, no solo contra la invasión, sino también contra la disolución y la desmoralización que traen consigo el despotismo y los abismos sin oriente. Salvemos entonces la patria verdadera practicando el nuevo ideal del deber, inculcando con los actos la religión de la nueva fraternidad, que dice en Dios: *Sé todos, como yo soy todos*. Sintamos sobre nosotros la mirada de las generaciones futuras y ante nosotros un mundo nuevo que espera «el bautismo de la palabra nueva» (Bilbao), el nuevo credo y la nueva fe; Dios inmolación y Dios en todos; la nueva religión: el heroísmo; y la nueva epopeya de la nueva gloria: «el esplendor de la palabra» y «el hombre ley, como el sol luz.» (Bilbao).

Hay un solo verbo, libertad; y una sola sustancia, fraternidad. Sobre esa puerca aristocracia de apellidos que son cifras y fetiches, de caudales que son lastres pegados a las personas que los poseen y nada significan en las personas, de dignidades y de honores que significan eclipse del honor y envilecimiento de la dignidad; sobre esa aristocracia de mentiras, fundemos la aristocracia de verdad. ¿Cuál es la encarnación que llevas de la libertad y de la fraternidad?—Uno. —Luego vales uno. —¿Y tú? —Diez. —Luego vales diez. Y tú que vales uno debes ser más humilde que el que vale dos, y si no serás despreciado por los chicos y compadecido por los grandes. Distinguir es iluminar. Distingamos los superiores



de los inferiores, seamos medida y ley de fraternidad en vez de hacer y de ser el reinado de los idiotas. Hagamos la luz. Apaguemos esos candiles del saber banal y que el cielo de justicia alumbre ese caos de injusticia, ese caos de luces vanas que desfiguran la verdad y disfrazan el crimen que se consume en esas tinieblas llenas de brillo. ¿Qué crimen? ¿Por qué confundir el idiotismo con el crimen? El Diccionario debe subsistir, pero el significado filosófico de las palabras debe cambiar. ¿El idiotismo elevado a la soberbia no es crimen? La virtud despojada de su aristocracia, el genio derribado de su supremacía, el trabajo desposeído de su honor; y en vez de honor esos mascarillas de buen tono; todo eso venerado y consagrado, y las generaciones que vienen recibidas en esta noche de los olvidos, en este carnaval de las conciencias y bautizadas con las aguas de esta marea de infierno y de sordidez que nos invade, todo eso, que es la negación del ideal y de Dios y la glorificación de la mentira, todo eso ¿no es crimen y más que crimen?

Y sin fraternidad, que es sustancia divina, y sin aristocracia de fraternidad, que es luz de Dios, sin sustancia divina y sin luz divina no hay república posible, porque «la libertad tiene esto de sublime: no permite la degradación del individuo; la justicia tiene esto de sublime, no reina en hombres animalizados.» (Bilbao). Porque sin fraternidad habrá masas anónimas, turbas impersonales, brazos del caudillaje, proyectiles del fanatismo; porque sin fraternidad habrá crueldad latente al fondo de las conciencias, aletargadas por el sensualismo, tranquilizadas por el dogma; crueldad impersonal, genérica, ambiente, hecha naturaleza, espontaneidad, buen tono y que habla del cielo y de Dios con admirable confianza. El Dios Eterno nos espera en la serenidad de su omnipotencia; pero en nosotros bulle su verbo impaciente, clama su palabra de luz, y su palabra debe ser hablada. Venérate a ti mismo y venérate a ti mismo en los demás. Revelemos la realidad de lo que existe, un nuevo espíritu para ver los espíritus, la trascendencia real de los actos y habremos instituido un nuevo deber en la sociedad.



IX

Ordinariamente en moral como en economía social, la oferta se mantiene al nivel de la demanda, o viceversa. ¿Cuál es la demanda, la solicitud? La miseria bajo todas sus formas, una viuda desgraciada, una huérfana al perderse, un niño abandonado, una familia que se dispersa por el hambre, son solicitudes hechas a la sociedad; pero la energía y la elevación de esas solicitudes, la presión moral que ellas ejercen ¿de qué depende? De la conciencia del derecho en las víctimas, de la conciencia del deber en los que victiman. Y esa conciencia del deber y del derecho, es decir, de la justicia, ¿quién la da? El sacerdote. ¿De dónde la saca? Del Ideal ¿Qué ideal? Dios. ¿Entonces cambiaremos a Dios? Dios ha sido cambiado por el sacerdote y el Dios absurdo y tiránico hace a los hombres absurdos y tiránicos también. Entonces restablezcamos a Dios. Es decir, quitemos ese figurón de muchachos y de patanes, ese Dios de judíos, es decir, Dios de usureros y de levitas, ese Dios-Indolencia, ese Dios-Letra y veamos el Dios-Fraternidad, el Dios-Vida. Dios de progreso que no crea lo perfecto para hacer salir de allí lo imperfecto, sino que crea lo indefinidamente perfectible. En vez de ese Dios donde se han salvado los nefandos crímenes de la historia, hagamos el Dios-Justicia que irradia en cada uno con la medida indeclinable de lo justo, el Dios cuya letra es la justicia viva en cada uno.

Jesucristo con su resplandor ofuscó la letra; ese resplandor perdido, la letra reaparece, y, a la manera del esclavo, la letra, como es sabido, se hace el instrumento pasivo de toda autoridad, de toda fuerza, de todo sofisma, porque ya «no la miran como un libro donde están contenidos los dogmas que se deben creer, sino como una obra que puede dar autoridad a sus propias ideas.» (Montesquieu.) Toda sociedad cuyo Dios está fosilizado en la letra es una sociedad fósil también; el Egipto, la China, la Turquía, la España, la Italia y, finalmente, Roma y el Tíbet son casos bien caracterizados de esta ley general.



«Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros.» (San Juan, Evangelio). ¿Qué Padre es ese? El Dios de Jesucristo. ¿Es ese el mismo Dios que adoran los católicos? No. ¡Intuición sublime e ignorada! ¡Ese Dios fue sepultado con Jesús y no quedó sobre la tierra ningún espíritu capaz de comprenderlo! Doce hombres ignorantes, maravillados, pasmados, ridiculizaron al maestro y desnaturalizaron su Dios, y el mundo se cristianizó, no por lo que ellos tenían de saber, sino por lo que tenían de maquinal. En los Evangelios, cosa idéntica, lo que tienen de más profundo son las palabras de Jesús que los evangelistas repiten sin darles mucha importancia y sin comprenderlas a veces.

Jesús, como revelador, no debe ser negado ni inmovilizado, sino desarrollado y esclarecido. Él reveló el Dios identidad universal. Y si él mismo no lo concibió y no lo explicó claramente, fue porque el espíritu se inspira en el efecto que va a producir. Eso explicado perentoriamente habría helado a los discípulos. Esa evidencia quedó en la sombra de su alma y solo sale a luz en el momento de la angustia suprema. Pero él, revelándose a sí mismo como siendo en Dios y Dios en él, reveló la verdad en la unidad, que solo basta generalizar para hacer la verdad en cada uno, en todos. Y a mi entender, el verdadero cristianismo se reduce a colocar a cada uno respecto de Dios en la misma relación que Jesús se encontraba con su Padre Eterno. Todo hombre en relación inmediata con Dios. En esto, una sombra se presenta. Jesús hablaba de infierno. ¿Pero afirmaba acaso la condenación eterna? ¿Hasta dónde merecen crédito los Evangelios? ¿Y qué espíritu se posee a sí mismo en la configuración completa y precisa de su propia fisonomía? La idea de infierno debe ser cambiada porque es blasfema y absurda, pero debe subsistir como la expresión de los sufrimientos sórdidos de las almas que por el vicio descienden de las progresiones rápidas del desarrollo, a las progresiones lentas de los seres inferiores en los cuales pueden ser sobrepasados por un ser humilde de las últimas filas de la creación.



Continuemos el cristianismo, no como el ideal inmutable sino como el verbo progresivo. Quedó en el huerto de los Olivos, entremos al huerto del dolor, si es preciso, y sigamos oyendo el verbo de Dios que hablaba allí. Nada de mesianismo. Por un esfuerzo de imaginación concibamos a Jesús con la visión completa de lo que existe y echemos de ver lo que él hubiera hablado entre nosotros. Que cada una sea su palabra viva.

No debemos buscar amparo en la tradición, sino dar al César lo que es del César. El amparo es triste y es una abdicación. Debemos rehabilitar lo sublime, ultrajado por unos, falseado por otros.

No es la letra lo que debemos continuar, sino el alma libre y espontánea hoy como entonces, la comunicación inmediata con Dios, el verbo progresivo en la revelación de la verdad.

X

Dios es Jesucristo, pero Jesucristo no es Dios. Dios es todos los seres, pero ningún ser finito es Dios. Como un poeta o como un espectador o como un hombre en el sueño es todos los personajes que concibe y ninguno de estos personajes es idéntico al yo. Somos modos progresivos de ser de Dios. Nuestro espíritu es el mismo espíritu de Dios. Nuestro yo está en el yo de Dios, nos dice al hombre en la razón: «Yo me inmolo en cada uno de vosotros hasta ser en cada uno según su propia voluntad, pero al daros mi vida ella lleva consigo la misma condición de mi ser que es: ser conocimiento hasta ser amor, identidad, inmoción para todo lo creado; ser libertad hasta ser ideal y genio de todo lo que existe. Yo soy cada uno de vosotros, pero soy en vosotros la inmoción para que vosotros seáis la libertad en mí, y así he hecho la magnificencia y la omnipotencia de todos; y como al ser todos soy verbo, genio, ideal, yo soy la magnificencia y la omnipotencia de ese



todos. Y ese es mi verbo: que seáis los demás según el grado del ideal que realiza cada uno de ellos, y así haréis magnífico ese *todos* en que vivís y seréis la magnificencia y el genio de ese todos y seréis ideal como yo soy ideal, y seréis libertad como yo soy libertad. Y si eres soberbio, no lo seas por desprecio de tus hermanos, sino por la percepción del ideal que resplandece en lo posible que les espera. Y si eres humilde, no lo seas por desprecio de ti mismo, sino por la veneración del ideal que llevas en ti mismo y que adivinas en el alma de tus hermanos. Y así haréis un caudal común de alegría y una entraña común para el dolor. Y todos los espíritus serán como un solo palacio donde todos se pasean llenos de júbilo.»

En el camino de la verdad, todo o nada. Una verdad a medias, manchada de sombras, significa vacilación, pasividad o indiferencia y es más funesta que un error que tiene un fin determinado: este vence y al llegar a su eminencia dice, era sombra; la otra es vencida y al morir dice, era luz. Y la luz muere. Y la sombra pasa a ser alba del día que viene.

Dios se inmola para que nosotros seamos libertad, dioses en nuestra humilde esfera. Después de tantos siglos de dolor y de miseria seamos al fin Dios-libertad, Dios-genio, Dios-valor, Dios-improvisación, Dios-audacia, Dios-heroísmo, y que todos los heroísmos y todos los genios, diversos por su configuración y por el pudor de su pureza, tengan un solo instinto, *ser todos como Dios es todos*, ser la inmolación de sí mismos para ser libertad con los demás. Y una vez hecha la magnificencia de *todos*, cada uno es dueño de ese *todos*, cada uno es magnificencia. Es lo moral que mientras mayor número lo posee más posee cada uno. Y eso que se posee es Dios. Pero sacrificio sin verbo en acción hacia el ideal es idiotismo. Es alegría y fuerza lo que buscamos. No es sacrificio de tontos, sino sacrificio para conseguir la felicidad en este mundo y para hacer de la vida presente la profecía elocuente de la futura, el santo vestíbulo de la inmortalidad.



¿Por qué siempre la rutina? Hagamos lo ignorado, lo que nadie concibió jamás, creamos en el prodigio. Hagamos la nueva teología donde como en un vasto y sencillo organismo quepan todas las bellezas de lo creado, todas las fuerzas fecundas de la Historia; donde pueda resucitar la Grecia con su espíritu de iniciativa y de improvisación tallando los dioses del Ideal, la Persia con su palabra de bondad evocando la luz de los espíritus, la India con su verbo de piedad universal postrando toda la naturaleza bajo la mirada de Dios. Seamos reparación de las injusticias que han oscurecido la conciencia humana, resurrección de todo lo bello que ha sido sepultado.

Pero para ser todos es necesario conocer a todos y esto es imposible al parecer. Y sin embargo, ese imposible es una realidad. Una sociedad se compone de una multitud de círculos de amigos, y estos círculos se fusionan unos en otros y no forman más que un solo círculo. La amistad es pues el fundamento del principio republicano, que es el yo-multitud. La idea de individuación indicada por Bilbao no puede tener más verbo que la salvación del genio en cada uno, ni más sustancia que la amistad y la fraternidad. Decidme cómo son las relaciones de amistad en tal país y os diré cuál es su Política y su sociabilidad. Es el pequeño y oscuro círculo de amigos el que sirve de fundamento a la república. Seamos entonces circunspectos para aceptar al amigo, porque una vez aceptado los deberes que nos imponemos son una religión.

Si la amistad es una religión, la aristocracia es un apostolado. ¿Qué vale la palabra del hombre ante esa palabra triunfante de Dios que se impone con el imperio de lo real? El deber es hacer lo real, la palabra fecunda. ¿Qué es lo que se imita? Eso que irradia y que domina. Esa aristocracia de idiotismos y de vanidades es un apostolado de depravación. Y esa aristocracia desmoralizadora, corruptora y disolvente debemos anularla y sepultarla bajo el esplendor de la aristocracia nueva de la virtud nueva. Y una nueva masonería para unirnos, porque es el espíritu de cuerpo el que nos dará la fuerza.



XI

El mandamiento del sacrificio deducido por Jesús de una intuición poderosa de la personalidad, e inducido por Lamennais del estudio de la naturaleza, debe ser reconocido y consagrado en la personalidad divina. Nada más tonto ni más risible que esta palabra sacrificio o inmolación cuando se vierte cándidamente sobre el arroyo de la calle; pero colocada en su altura metafísica es el único principio con que se puede explicar el pasado e interpretar el porvenir. Supongamos que un ángel viene y nos dice: Os traigo mi secreto para engrandeceros y para que multipliquéis vuestra intensidad y vuestra amplitud como ciento y para que en lugar de marchar en la progresión, uno, dos, tres... marchéis en la progresión uno, diez, ciento... ¿Qué diríamos? Y ese ángel vino y fue Jesús de Nazaret y ese secreto era sencillamente el sacrificio de cada uno al conjunto de la comunidad y cada uno hecho comunidad, comunidad de los espíritus, cada alma sintiendo el amor y la felicidad de todas las demás. Y ese es el Ideal de la Patria. Esa magnitud es multiplicable indefinidamente y mientras más se posee más se multiplica.

Si Dios es el Ideal y Dios es el conocimiento perfecto de todos, nuestro deber será conocer a todos, yendo de lo más semejante a uno a lo menos semejante, que es el orden natural. Nada más sagrado, entonces, que la libertad de la palabra, que revela al ser interior, y la libertad de las relaciones sociales, donde esa facultad se ejerce. Si Dios es el Ideal y Dios es todos, nuestro deber y nuestro derecho es ir haciéndonos todos, que cada uno sienta el alma de todos. Y si Dios es verdad eso debe ser la dicha suprema. Sí, es la vida viril donde el hombre siente en sí mismo como el despertar de la Omnipotencia; sí, es allí en el fuego del amor de muchos donde «despiertan las grandes sombras que dormitan en el caos del espíritu y arrojan a los labios palabras aterrantas y sublimes;» es allí donde los genios se levantan y destellan, y transfiguran con su palabra; es allí donde la veneración santa del hombre por el hombre es ambiente y se respira como el soplo de Dios. Sé, dice Dios. Seamos verdad.



¿A dónde vamos a este paso de hiena? ¿Qué vamos a robar? ¿Que es de noche acaso? ¿No es el bien de todos el que queremos, no es el pensamiento, destello de Dios, esto que alumbró los espíritus? ¿No es el día de Dios ese que vuela en las alas de la prensa, y no es el amor de todos lo que queremos infundir? Entonces abramos a la faz del día el libro del alma para que los hombres del pasado lean allí el programa de los hombres del porvenir. Y levantemos las frentes con la púdica soberbia de los hijos de Dios que sienten bullir en su pecho el testimonio de su linaje divino y de su fraternidad con los cielos. Y quitemos de manos del sacerdote el arca de la moral y del destino y proclamemos el sacerdocio de los hombres soberanos, institutores de la veneración de la especie.

Combinad cifras, señores economistas, equilibrad atribuciones y deberes, señores políticos, rompeos la mollera, exaltaos al templo de la gloria, en hora buena; habréis distribuido bien lo que existía, pero no habréis aumentado en un átomo lo existente. Porque la sustancia distribuible es la fraternidad o es su producto, y su cantidad está marcada por las nociones del deber y del derecho impuestas por el sacerdote.

Demos una nueva conciencia de su derecho a ese pobre y será dignificado; y habrá virtud en su conformidad y habrá elevación en su protesta. Y la pobreza revestida de dignidad se hará crimen en el alma de los ricos. En lugar de buscar tanto a oscuras, abramos las puertas, que entre luz y que la luz alumbre la maldad que se oculta en esta noche de las conciencias. Luz, es decir Dios. Dios, es decir el verbo que nos dice: sé justicia, sé libertad, sé valor. Y entonces no habrá tanto valor en el cinismo de los que sostienen esas constituciones caducas en política y esas instituciones blasfemas en religión, y habrá autoridad, la autoridad de la justicia reconocida en el valor de los defensores del pueblo y en el mismo pueblo.



¡Oh! nueva dignidad del hombre, ¿cuándo te veremos? Nueva religión, Dios en cada uno; nuevo precepto veneración, ¿cuándo os veremos brillando en la frente altiva y dulce de los hombres nuevos? Veneración al hombre, pero no a las creaciones de los hombres. Y la aritmética hecho voluntad: vale más la suma de las generaciones venideras que la generación presente. Vale más la verdad que somos capaces de inculcar que la vida humana de nuestro individuo. Vale más el alma que ha integrado a su voluntad las lecciones severas y elocuentes de la Historia y late en el seno de sus recuerdos y bajo la expectativa del porvenir y de la inmortalidad, que el alma tenaz y robusta fuertemente oxigenada por el amor del presente. Y cada genio debe ser respetado en su manera de ser y debe respetarse a sí mismo y buscar su vía de legitimidad y de beneficencia. A cada genio su manera distinta de orar a Dios y de imaginarlo, su cielo distinto, su ideal distinto; en la identidad metafísica de toda inteligencia la diversidad artística del alma. La tierra es un altar, el cielo es un templo, la ciudad un santuario, la amistad un sacerdocio, la patria en marcha a lo desconocido y sorprendente. La calle respetada como el lugar donde con los labios del alma se bendicen recíprocamente los transeúntes, serios como la emoción. Dios como ambiente y como luz y Dios en todos los hombres. El árbol es bueno y digno de cariño, la planta merece piedad, el animal ternura. El Infinito nos circunda, nos penetra, se roza con nosotros. Todo es inmortal, todo lleva el germen de la Omnipotencia. ¡Oh! Época de luz y de redención, ¡cuán lejos apareces todavía a nuestra vista!

Ciudad nueva, floresta virgen, donde Dios es ambiente y luz; donde el amor de una alma a otra alma volará como el céfiro por el Alma Infinita: donde el Padre lleva el saludo y la bendición que un hijo manda a otro hijo. Y eso se distingue y se reconoce. Y el amor podrá hablar al través de los mares de los continentes porque Dios verterá la palabra de una alma en otra alma. Siendo todos nosotros sus modos de ser y estando todos en su yo, tal cambio en uno de estos modos de ser debe producir tal otro cambio en otro modo de ser correlativo. Hoy la acción refleja es genérica porque la personalidad es oscura.



XII

¡Cambiemos ese Dios, quitemos esa blasfemia donde se salvan las indolencias infernales, donde se refugian las miopías de conveniencia! ¡Salgamos a la faz del día, dejemos esa caverna donde se abriga y se salva todo aquello que se doblega bajo su puerta de antro, desde lo chabacano y lo grotesco hasta lo inhumano y lo perjuro! ¡Llevar dentro el crimen y no saberlo! ¡Vivir en esa crápula tenebrosa de la conciencia absuelta por un absolvedor de oficio! Bendecir ese Leviathan aristocrático que se duerme sobre el pecho del pueblo mudo!... ¡Oh Lamennais, oh Bilbao! ¿Por qué habéis muerto? ¡Oh mostradnos otro cielo, otra inmortalidad espíritus de Dios! ¡Un cielo para los héroes! Mostradnos ese mundo en que vivís, donde la suprema felicidad es el heroísmo, donde el amor es el fin y no el medio, donde Dios es el Ideal de la Inmolación y no el tirano del absurdo!

Y la religión que no hace los héroes republicanos es enemiga de ellos; porque la misión religiosa es formar los héroes. Busquemos la religión que hace los héroes republicanos. Cambiemos el cielo y cambiaremos la tierra. Hagamos que el primero sea la sanción del heroísmo y para la segunda será como si hubiere recibido una simiente nueva y divina en su seno. El cielo, es decir, la interpretación del cielo, de la vida futura. Porque el hombre gravita hacia la emoción, y más que a todo, a lo sublime; y el cielo interpretado es el alma humana elevada a lo sublime.

XIII

¡Cuántas fiestas, cuántos himnos, cuántos versos, cuántas estatuas, cuántos honores para esos generales, para esos caudillos que independizaron la América y que casi todos dudaron de la República y renegaron de la democracia!

Y el pueblo harapiento, cuyo cuerpo colosal y cuyo instinto espontáneo, generoso y divino nos salvó siempre del peligro y creó la religión de la gloria y del



patriotismo, no tiene más monumento que el cepo del campo, la cama del hospital, la muralla de la cárcel y la cruz del cementerio!... ¿Oh, madre del pobre, yo te he visto muchas veces! Fue el pueblo el que nos reveló la religión del patriotismo y de la gloria, suya es la patria, suya esa religión virginal de fraternidad y de fe en lo imprevisto y en lo maravilloso.

¿Y qué monumento y qué honores le hemos dado? ¡Huérfano y miserable está abandonado a todas las acechanzas de la miseria y a todas las sugerencias del vicio! Tiene sobre su cabeza una luz que deslumbra y una voz que atruena. Es la grandeza de los ricos y la voz de los orgullosos; es decir, vive bajo el testimonio del desprecio con que le miran esos hombres. ¡Lo dejáis expuesto a todas las vicisitudes de las almas desamparadas y luego lo reñís y lo ultrajáis porque ha incurrido en el vicio y en el crimen, porque ha cedido a la necesidad y a la tentación interesante, y lo miráis con desprecio!

¡Cuándo veremos ese porvenir en que la proximidad de dos personas será mirada como una cosa santa! ¡En que el hombre siente a Dios en el hombre!

Trabajemos porque no se forme entre nosotros esa gran bestia europea. El Leviathan aristocrático dormido sobre el seno del pueblo; el cual, bajo esa presión horrible, desarrolla por un trabajo sórdido y tenebroso las energías de la serpiente. De esa serpiente que, irritada al fin, retorciéndose en sus anillos colosales, silba como el aquilón y envuelve como el boa su presa gigantesca y la descuartiza. Aún es tiempo: después, si ese Leviathan adquiere su edad adulta, ya no abandonará por nada sus hábitos de bestia, y el pueblo sin estatura y sin atmósfera no tendrá más que arrastrarse, será serpiente.



XIV

Vosotros, señores ricos, que poseéis el prestigio para imponer vuestra conducta como modelo a los pobres, dais mal ejemplo a sus hijos y corrompéis sus hijas. Y ese mal ejemplo y esa desgracia los amarra a la miseria por el vicio; los pobres aumentan pobres, y mientras más aumentan menos necesidad hay de ellos y más se gana con ellos porque su salario baja (luego la miseria de los pobres está en razón directa con la perversión de los ricos); y más corrupción, más miseria progresión espantosa que conduce al abismo de los pueblos del Oriente, India, China, Japón.

Y no pagar al infeliz una parte proporcional de vuestro lucro es robarle. Y luego él se sacrifica a vuestro servicio, se enferma, se muere tal vez, respeta vuestro pan, vuestro dinero en sus necesidades, haciendo un sacrificio mucho más grande que el que vosotros haríais privándoos de algo de vuestro superfluo para hacer virtuosa y libre una familia que cae al abismo. Unos dirán: ¿qué es Dios entonces? ¿Qué es el Creador de esto? Y callan y tiemblan....

Y sin embargo, sufren resignados, os aman y os piden permiso para cantar. Su canto melancólico.

Con el salario que da para aguardiente y para mujeres a más de dar para la comida, esto es, con el salario que mantiene y corrompe os ganáis una parte de ese pueblo, la armáis de fusiles y de sables y le decís: «Defiende nuestras personas y nuestras propiedades de esos forajidos -sus hermanos- y te harás digno de nuestro aprecio y serás llamado virtuoso.» El cura dice: «amén.»

Medís las magnitudes por fuera y no por dentro, en el alma.



Miráis lo que es y no lo que podría ser. Cuando en una posibilidad natural hay más realidad que en muchas realidades violentas. Traslado a la política.

Dad a ese miserable algo que en vuestra alma es uno y veréis que en su alma se vuelve ciento.

Quitad a ese infeliz una moneda para comprar con ella un cigarro habano, y será muy posible que uno de sus hijos muera o se pervierta.

Y el sacerdote consagra lo que está consumado.

Para él, el pobre, los tribunales donde solo alcanzan sus acusadores, donde él no alcanza jamás. Para él, pelear es no trabajar y no trabajar es morir.

La facilidad de acceso a los tribunales debería estar en proporción de la pobreza.

Para él las cargas del ejército. La peor parte en las luchas sangrientas de vuestras ambiciones personales, de vuestros rencores y vanidades disfrazados de justicia y de derecho.

Y luego viene el extranjero a invadir este suelo donde está vinculada vuestra felicidad y vuestra riqueza al mismo tiempo que su miseria; ¿qué sucede? Vosotros desembolsáis pesadamente una parte de lo que os sobra y murmuráis: él, el pobre el explotado, él expone su pecho al enemigo y ofrece su vida por salvaros. Hay un gran fondo de heroísmo primitivo guardado en las almas que un duro trabajo ha preservado del refinamiento y de la malicia.

Por eso todas las ciencias no pueden tener más objeto final que favorecer el desarrollo de la gran ciencia del conocimiento recíproco de los hombres, la



penetración de los espíritus. Porque sería este conocimiento el que haría la nueva magnificencia de la especie y la felicidad nueva y cierta. ¡Visitar palacios, paisajes, países y no visitar el santuario de las almas, creaciones de Dios!

XV

Hubo un instante sublime en Chile. Después de la independencia pocas veces se había sentido en la atmósfera algo parecido. Los grandes sonreían con desdén, los pobres presentían algo maravilloso. Era cuando Bilbao hablaba a los artesanos en la «Sociedad de la Igualdad.»

¿Qué había de posible en la institución de ese genio poderoso y virginal sobre el pueblo? ¿Eran palabras vanas, tentativas cándidas de un espíritu inexperto? Eso fue enterrado, luego no era nada, dicen los chilenos que creen pensar. Montt triunfó y tuvimos ferrocarril, luego eso era lo bueno y verdadero, continúan. ¿Quién se resiste a esta luz de la realidad bella que poseemos? Así exclaman, Y naturalmente, en cualquiera vástago del destino que se vincule a la vida, esa vida irradiando con todos los esplendores de lo real ocupa todo nuestro ser y nos impide ver lo que habría sido esa misma vida real vinculada en otro vástago que fue cortado y quemado.

La naturaleza es tan fecunda que hace surgir bienes y brotar prosperidades aun sobre los más grandes desiertos de los hombres. De aquí nace el argumento de los boquiabiertos que aclaman y celebran todo lo consumado.

La humanidad es una planta que florece, germina, se multiplica, se embellece, se robustece, aunque haya sido degenerada, inferiorizada, degradada. Y en el curso de la vida, como se han perdido los tipos de belleza que vivían en germen en las generaciones muertas, el hombre que sobrevive no puede formarse



concepto de lo posible que fue exterminado, del porvenir sepultado de aquella humanidad sepultada.

Don M. Montt fue un hombre honrado. Sus actos fueron buenos, pero sus hechos fueron malos. El acto es el que pasa en la conciencia, el hecho es el que se desarrolla en las realidades exteriores. Y otra cosa: ¿Qué cantidad de crimen entra a formar un grande orgullo, cuando el orgullo significa desprecio de los demás y no el gran pudor de las almas muy altas?

Bilbao: aurora divina que brilló sobre esta triste patria abriendo las expectativas virginales y risueñas de los pueblos fuertes y nobles que resuelven regenerarse y presentarse regenerados a su Creador. Profeta de redención y de luz que evoca con su palabra sincera e inspirada las emociones generosas y santas, las virilidades heroicas y las bellezas épicas que vagan inconscientes en las almas de los pueblos.

Bilbao, soplo de Dios que recoge o dilata generosamente el espíritu de los hombres buenos y que hacía temer las posibilidades aciagas, no tan remotas, a los malos. Fuiste apaleado con los tuyos, arrojado de tu tribuna santa y expulsado de tu patria ignominiosamente con una sentencia de muerte o de presidio tras de ti.

¿Por quién? Por unos traficantes de fórmulas banales y de dogmas de sainete. Por una partido odioso y funesto. Por ese partido astuto, grave y gordo, cuya alma es el cuerpo.

Y todo volvió a quedar en fúnebre silencio. La muerte abrió sus alas sobre las almas y el cerrojo del carcelero se corrió rechinando sobre el alma de la patria.



Y el artesano antes casi héroe, ya ciudadano austero, volvió a ser el ganapán servil de sus parroquianos. Y sus almas sonrieron y dudaron y renegaron. Y otros más leales vertieron algunas lágrimas en el silencio de la noche.

Yo era un niño entonces, y presentía lo maravilloso que flotaba en esa atmósfera de Chile.

Corolario.

¿Qué se deduce de lo que hemos expuesto en este capítulo?

1.º Comprender y amar el Dios verdadero que explica la creación y la ciencia y que se induce del mismo conocimiento de la creación según la ciencia.

2.º Hacerlo el ideal de nuestra conducta. Y el ideal debe ser ardiente y claro para que sea amado, y debe ser amado para que sea ardiente y claro. El verbo y la conciencia se auxilian la una a la otra. Su acción es simultánea.

3.º Veneración interior que se vela en el santuario del alma porque no quiere ser profanado por el contacto de lo vulgar y lo chabacano que nos rodea. Veneración por el hombre concebido en su belleza natural, esto es, concebido en un gran lapso de vida, donde sus pequeñeces desaparecen en el conjunto de su estatua colosal y sencilla: la estatua es la vida humana completa desde el nacimiento a la muerte.

4.º Y esa veneración oculta que espera su día, debe trabajar porque ese día se acerque. Ya que no puede ser genio al exterior, que se haga carácter al menos. Debe trabajar por la realización de estas ideas. 1.º Fuertes contribuciones a los válidos para educar con ellas al pueblo. 2.º Las sociedades privadas, que son la



enseña y la inicial futura, deben tener dos fines: fundar escuelas y difundir como un apostolado el deber que ellas se han impuesto. 3.º Resolver el problema de la educación de los campesinos aun en los lugares en que están más dispersos.

5.º Decir la verdad siempre en público, y en privado siempre que las personas que nos rodean sean capaces de comprenderla.

6.º Espíritu de cuerpo. Porque solo así el carácter se irá haciendo genio en cada uno.

7.º Cada uno debe trabajar intensamente en hallar el itinerario moral de su propio genio. Solo así se podrán escribir los evangelios futuros para cada genio en su pureza. Genio no es especialidad, sino vía distinta de conocer a Dios y de amarlo. Por ejemplo: los soberbios deben ser soberbios, no por desprecio a los demás, sino como representantes del gran pudor de la dignidad humana. Los humildes deben ser humildes, como los reveladores del amor personal y directo. Los primeros viven en el ideal del porvenir y su amor es circunspecto. Los segundos son el ideal y aman la belleza aunque sea pequeña. La fuerza del primero es amplitud, la del segundo intensidad. Y el uno busca su fuerza y voluptuosidad en el otro. Lo mismo a los demás genios debe hallárseles su razón y su itinerario de legitimidad y de beneficencia.

8.º Los pobres no son capaces de ser nuestros amigos, pero pueden ser nuestros hermanos desgraciados. Y cuando alguno se adelante en las filas del pueblo a enrolarse en nuestra dignidad, debemos salirle al encuentro, recibirlo como amigo y hacerle un título de honor de su humilde origen.

9.º En nuestras actuales circunstancias toda revolución armada es funesta. Es la revolución moral y social iniciada por Bilbao la que debemos continuar.



10.º Crear la nueva masonería esencialmente republicana y racionalista.